



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

Seminario de Grado
Entendiendo a la sociedad a través de un análisis cultural: Chile y Latinoamérica en los siglos XIX y XX.

Una peligrosa recreación:
Lecturas y lectoras en revistas femeninas de la belle époque chilena (1910-1920)

INFORME FINAL DE SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADA EN HISTORIA

NATALY RAMÍREZ BAEZA

Profesora Guía: María Elisa Fernández

Santiago de Chile, 2018

Una peligrosa recreación: Lecturas y lectoras en revistas femeninas de la belle époque chilena (1910-1920)

A Santiago Baeza cuya historia es Historia.

*“The person, be it gentleman or lady,
who has not pleasure in a good novel,
must be intolerably stupid.”
– Jane Austen, Northanger Abbey.*

AGRADECIMIENTOS

En este momento me encuentro como el poeta que sube a la Colina y el ascenso le permite ver las cosas como nunca antes las había visto. El camino compuesto de bosques, llanuras y montañas; el ascenso y posiblemente lo más revelador: el descenso. Una trayectoria personal que no deja de ser compartida, por eso, considero fundamental agradecer a quienes estuvieron conmigo.

Comienzo por Dios que siempre ha sido amor y en este proceso, consuelo. A mis padres por su esfuerzo durante mi educación y por haberme nutrido del interés por el saber desde pequeña.

En segundo lugar, a mis compañeros de Universidad porque en la mayoría encontré apoyo y cariño. Especialmente a quienes se convirtieron en rostros familiares.

En tercer lugar, al profesor Ítalo Fuentes por enseñarme que el estudio del pasado es una forma de vida. A Ariadna Biotti por compartir el amor por los libros y mostrarme que se podían estudiar. A la profesora Daniela Picón por recibirme en su clase de Literatura cuando ni ella ni yo lográbamos dimensionar el impacto que tendría. Dicho encuentro me llevó a tener que destruir esculturas para poder erigir otras. Asimismo, a la profesora María Elisa Fernández quien dictó el seminario de grado donde surgió este informe.

Finalmente, a Jane Austen. A pesar de que vivimos con casi 200 años de diferencia, soy consciente de que sin su influencia esta investigación no habría ocurrido. Ni yo sería la misma. Jane me invitó a participar de un mundo lleno de mujeres y conversaciones sobre libros. Su existencia me unió a otras mujeres de las cuales también estoy agradecida.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
<i>Presentación del problema</i>	8
<i>Objetivos generales y específicos</i>	10
<i>Metodología</i>	11
<i>Hipótesis</i>	12
<i>Marco teórico</i>	12
a) <i>Historia Cultural</i>	12
b) <i>Las representaciones</i>	14
c) <i>Historia de la Lectura</i>	14
d) <i>La categoría de género</i>	16
<i>Estado de la cuestión</i>	18
CAPÍTULO I	20
1. <i>La lectura en el siglo XIX</i>	22
B. LA PRENSA.....	25
1. <i>Prensa femenina</i>	25
a) <i>Revista Familia</i>	26
b) <i>El Eco</i>	27
CAPÍTULO II:	28
A. EL CUERPO Y EL ALMA: EL ROL OTORGADO A LA LECTURA DURANTE LA BELLE ÉPOQUE.....	28
1. <i>El cuerpo</i>	28
b) <i>El libro y la personalidad del dueño</i>	30
2. <i>El alma</i>	31
B. MUJERES Y NIÑOS PRIMERO: RECOMENDACIONES DE LECTURA.....	32
1. <i>¿Cuándo leer?</i>	32
2. <i>¿Cómo leer?</i>	32
3. <i>¿Por qué leer?</i>	34
C. SOBRE VANIDADES MUNDANAS, LUJOS Y AMORES ELEGANTES: LAS BUENAS Y MALAS LECTURAS.....	35
1. <i>Efectos de los libros</i>	36
2. <i>Los buenos y malos libros</i>	37
a) <i>El Realismo y Naturalismo</i>	40
CAPÍTULO III	42
1. <i>Hija</i>	43
2. <i>Esposa</i>	46
3. <i>Madre</i>	47
a) <i>De vírgenes a intelectuales</i>	48
b) <i>La primera maestra</i>	49
c) <i>Censores informales: La mirada masculina</i>	51
CONSIDERACIONES FINALES	52
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	54

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

IMAGEN 1: <i>EL ARTE DE ESTAR EN CASA. FAMILIA, ABRIL DE 1914, P.11</i>	30
IMAGEN 2: <i>EL GRAN SISTEMA. FAMILIA, FEBRERO DE 1912, P. 3</i>	34
IMAGEN 3: <i>LA BELLA LECTORA. FAMILIA, ENERO DE 1910, P. 10</i>	44
IMAGEN 4: <i>LA FUENTE DE LOS ALFILERES. FAMILIA, ENERO DE 1918, P. 14</i>	45
IMAGEN 5: <i>CONSEJOS A UNA NOVIA. FAMILIA, ENERO DE 1910, P. 7</i>	46
IMAGEN 6: <i>ANUNCIACIÓN. SIMONE MARTINI, 1333. GALERÍA UFFIZI, FLORENCIA, ITALIA.</i>	48
IMAGEN 7: <i>IRIS. FAMILIA, JULIO DE 1918, P. 9</i>	49
IMAGEN 8: <i>PORTADA FAMILIA, AGOSTO DE 1912</i>	50

INTRODUCCIÓN

En una investigación que versa sobre libros y mujeres he decidido comenzar con una referencia que aborde a ambos. En *Martín Rivas*, Alberto Blest Gana incorpora al personaje de Edelmira a través de lo que lee, es descrita como una niña suave y romántica al igual que las protagonistas de las novelas de folletines que ha leído, es decir, su personalidad está en sincronía con sus lecturas. Así se nos confirma al avanzar la novela, cuando se nos recuerda que por su condición de lectora y su naturaleza romántica, desarrolló un amor solitario hacia Martín “al que poco a poco iba entregando su alma, sin más esperanza que la de amar siempre con esa melancolía voluptuosa que las pasiones de este género despiertan comúnmente en el corazón de la mujer”¹.

Si somos cautos, podremos apreciar que Edelmira no solo cultiva este tipo de sentimientos por su condición de lectora sino que también por la de mujer. Las mujeres por tanto, fueron consideradas por naturaleza emocionalmente vulnerables por las novelas. De esta idea se desprende el presente estudio que se desarrollará en torno a las representaciones de la lectura hecha por mujeres en revistas femeninas durante el período de 1910-1920.

Es necesario aclarar que las mujeres no eran las únicas que leían novelas pero sí se las consideraba el principal objetivo de la ficción de tipo popular y romántica. Ocurriendo una *feminización* del público lector de novelas². Lo que nos permite acercarnos a prejuicios imperantes sobre el papel de la mujer, sus aspiraciones e inteligencia, pues “se creía que gustaban de la novela porque se las veía como seres dotados de gran imaginación. de limitada capacidad intelectual, frívolas y emocionales”³.

Esta investigación se justifica en que al ser la mujer un lector que se masificó durante el siglo XIX, pudo movilizar debates tanto para el incentivo de su lectura como para su control. Es así que aceptamos lo propuesto por el historiador Martyn Lyons quien sostiene que el estudio de los nuevos lectores durante el siglo XIX (mujeres, grupos medios y populares) no solo se define en términos de *qué* leían, sino que también *cómo* leían. Lo que nos llevaría a cuestionarnos los problemas que plantearon para la sociedad en la que se

¹ Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en:

² Véase: Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Cuarto Propio, 2003.

³ Lyons, Martyn. «Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños, obreros.» En: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Editado por Guglielmo Cavallo y Robert Chartier. Madrid: Taurus, 2001, p. 550

encontraban⁴, pues para el historiador, lo que comparten dichos lectores es que eran grupos tradicionalmente controlados por la Iglesia católica. Desde este punto de vista historiográfico, se requiere investigar nuevas temáticas, como los debates sociales y políticos que se generaron en torno a los nuevos lectores y géneros literarios.

Asimismo, si bien han existido esfuerzos notables por realizar una Historia de la Lectura en Chile, están enmarcados principalmente en la construcción y consolidación de la novela nacional, relacionada con la creación del Estado-Nación decimonónico. Por tanto, hemos decidido realizar el presente estudio en lo que se ha denominado la *belle époque*⁵, puesto que ha sido descrito como un período caracterizado como de transformaciones tanto económicas por la industria salitrera; políticas-sociales tras el ingreso a los grupos dirigentes de individuos enriquecidos en la minería, el comercio y las finanzas; además de “la incorporación estructural de América Latina en el sistema capitalista mundial, y al consiguiente aumento del intercambio material y cultural con los países que por entonces estaban en el centro del sistema: Francia, Inglaterra y Alemania, y poco a poco, Estados Unidos”⁶.

Presentación del problema

Por las razones mencionadas anteriormente, es necesario cuestionar si la consolidación de la novela nacional, unificadora y moralizante, eliminó la relación entre la lectura de novelas consideradas superfluas y su caracterización con lo femenino.

Acorde con lo anterior, esta investigación presenta un estudio a través de los supuestos que enmarcan la práctica de la lectura de novelas por mujeres principalmente de élite (aunque se incluyen algunos casos de clase media intelectual) de la *belle époque* chilena y así mismo, indaga si a través de la preocupación de sus lecturas se manifiestan características de lo que respondía al *deber ser* (entendido como el rol que se le otorga en el período y grupo estudiado) de dichas lectoras en el marco social que se insertan. De esta forma nos preguntamos, ¿Cuál es el rol que se le otorga a la lectura durante el comienzo del siglo XX? Y ¿Cómo se representa la figura de la lectora en dicho período?.

⁴ Lyons, Martyn. *Readers and Society in Nineteenth-Century France*. Hampshire: Palgrave, 2001.

⁵ Tanto el historiador Manuel Vicuña en *La belle époque chilena* como Bernardo Subercaseaux en *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, consideran que se podría hablar de un *belle époque* desde finales del siglo XIX hasta avanzada la década de 1920 pero que a diferencia de lo que ocurrió con la Primera Guerra Mundial en Europa, en el caso chileno no se puede hablar de una fecha final definitiva.

⁶ Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. II. Santiago: Universitaria, 2011, p. 360

Para esto nos basamos en el historiador Robert Darnton, quien propone que para abordar los cambios y conocer más acerca de los ideales y supuestos que dan razón de la lectura en el pasado se puede estudiar *cómo se retrata la lectura* en diversas fuentes, ya sean obras de ficción, autobiografías y como será nuestro caso, obras impresas contemporáneas, “a fin de descubrir algunas nociones básicas de lo que las personas creían que ocurría al leer”⁷. Aclarando en este punto, este será el centro de nuestra investigación y no una comprobación empírica entre la representación y lo que efectivamente leían dichas mujeres.

Siguiendo el planteamiento de Darnton hemos recurrido a revistas femeninas, es decir, publicaciones dirigidas por y para mujeres⁸ (*Familia, Eco de la Liga de las Damas Chilenas, La Cruzada*), pues como propone el historiador Manuel Vicuña, dichas publicaciones concedieron a lo doméstico un interés que “propugnó el develamiento de cara al público lector de temas anteriormente confinados, en lo fundamental, a la esfera privada”⁹. Además, al estar producida por mujeres “constituyeron significativas causas de expresión femenina, al tiempo que nuevas vertientes de la opinión pública”¹⁰.

Este postulado coincide con el de la investigadora Kate Flint¹¹ quien sostiene que con el aumento de las lectoras, el volumen de comentarios sobre mujeres leyendo se incrementó dramáticamente y por tanto, éstos pueden ser encontrados en fuentes que examinen el rápido nivel de producción o importación de novelas, en ficción y como es el caso de la presente investigación, en el creciente número de avisos o manuales que buscaban asesorar la lectura dirigidos a las jóvenes y sus madres.

Las principales fuentes que sustentan este trabajo son la Revista *Familia* perteneciente a la Editorial ZigZag que “pronto alcanzó gran difusión, debido a que fue una de las primeras revistas que reflexionó acerca de la mujer y su participación en la sociedad,

⁷ Darnton, Robert. «Historia de la lectura.» En: *Formas de hacer historia*, de Peter Burke. Madrid: Alianza, 2003, p. 193

⁸ Claudia, Montero, y Carola Agliati. «Explorando un espacio desconocido: Prensa de mujeres en Chile, 1900-1920.» *Cyber Humanitatis* v. 19 (2001). Disponible en: <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/> último acceso: 12 de Diciembre de 2017).

⁹ Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Catalonia, 2010, p. 15

¹⁰ *Ibidem*, p. 16

¹¹ Flint, Kate. «Theory and Women’s Reading.» En: *The Woman Reader 1837–1914*. Oxford: Oxford Scholarship Online, 2011, p. 7

además de fomentar su emancipación, el interés por la educación, el arte y la cultura”¹². Según dicha descripción, podríamos considerar la publicación como progresista, por lo que hemos decidido contrastarla con *El Eco de la Liga de Damas Chilenas* que posteriormente se llamó *La Cruzada*, pues ambas publicaciones surgieron como respuesta de mujeres católicas frente a lo que consideraban la desmoralización de la sociedad, lo que enriquece el análisis que aquí se presenta.

La delimitación temporal de 1910-1920 se debe a que en las dos primeras décadas de la centuria se trata de una época de “quiebre de la sociedad tradicional, de emergencia de nuevos actores y tipos socioculturales”¹³. Sumado al postulado del historiador Manuel Vicuña, quien sostiene que la mencionada década atiende a “importantes cambios ocurridos entonces en la vida pública y privada de las mujeres de elite, y, en particular, al viraje observado en los objetivos y en las motivaciones que gobernaban el curso de sus vidas”¹⁴.

Objetivos generales y específicos

Nuestros pasos a seguir fueron divididos en dos objetivos, el primer objetivo general es analizar el rol que se le otorga a la lectura en revistas femeninas de comienzo del siglo XX. Para lo que recurriremos a tres objetivos específicos descritos a continuación:

- 1.1 Examinar el discurso sobre la lectura en dichas revistas.
- 1.2 Describir las características y/o efectos que se le otorga a la lectura.
- 1.3 Reconocer cuáles son los géneros literarios criticados y recomendados.

El segundo objetivo general es analizar la figura de la lectora, en tanto mujer como consumidora de literatura, a comienzos del siglo XX. Dicho objetivo lo hemos desglosado en los siguientes objetivos específicos:

- 2.1. Identificar cómo se representa a la mujer lectora en las revistas señaladas.
- 2.2. Examinar qué elementos de su figura como lectora eran preocupantes.
- 2.3. Comprender qué roles en tanto lectora y mujer se buscaba promover o frenar.

¹² Biblioteca Nacional de Chile. *Familia: Entre el hogar y las letras*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3415.html> (último acceso: 19 de Diciembre de 2017).

¹³ Subercaseaux, 2011, Óp. Cit. p. 11

¹⁴ Vicuña, 2010, Óp. Cit. p. 12

Metodología

Para cumplir con el primer objetivo general, se analizarán las fuentes descritas anteriormente y disponibles en la Biblioteca Nacional de Chile. El hecho de que muchas de estas columnas se acompañen de ilustraciones, nos obliga a entenderlas como fuentes en sí y no una mera decoración, lo que Chartier denomina *pluralidad de lecturas*¹⁵. Asimismo, utilizaré bibliografía relacionada con la Historia de la lectura y la cultura, tanto en Chile como en el extranjero.

Para el segundo objetivo general, junto a las fuentes primarias utilizaré bibliografía relacionada con la Historia de las mujeres en general y de la mujer lectora en particular. Para así tener una perspectiva más clara de su deber ser.

La presente investigación se delimitará de la siguiente manera: En la *Introducción* se planteará nuestro problema, su marco tanto metodológico como teórico y el estado de la cuestión en torno a él. En el *Capítulo I* nos centraremos en un contexto de la lectura en Chile desde el siglo XIX hasta llegar a nuestro período de estudio, se tendrá particular interés en la mujer como lectora y en aspectos culturales del contexto histórico en el cual se sitúa nuestra investigación. En el *Capítulo II* nos orientaremos al rol otorgado a la lectura, analizando las características o efectos que le eran otorgados junto a los géneros recomendados y criticados. En el *Capítulo III* abordaremos la figura de la mujer como lectora desde sus representaciones hasta el deber ser otorgado. Finalmente, cerramos con la *Conclusión* donde expresaremos las reflexiones que obtuvimos tras la investigación.

¹⁵ Chartier, Roger. «Las prácticas de lo escrito.» En. Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Catalonia, 2010, p. 15

Hipótesis

La hipótesis que planteamos es que a pesar de los intentos liberales del siglo XIX y de la formulación de una novela nacional, se continuó con la relación entre la lectura femenina y las novelas. De esta forma, postulo que a comienzos del siglo XX se le otorgaba a la lectura un rol modelador del individuo, tanto de su educación académica como moral. El debate, por tanto, giraba en torno a la mujer como consumidora de lecturas superfluas lo que debía ser encauzado hacia algunas más provechosas para el rol otorgado social y culturalmente.

Marco teórico

La problemática que se describió anteriormente se llevará a cabo a través de la *Historia Cultural* en general y desde la *Historia de la Lectura* en particular.

a) Historia Cultural

Al estudiar las representaciones y significancias que tenía la práctica de la lectura y la figura de la lectora consideramos que la Historia Cultural, tal como plantea el historiador Roger Chartier, “nos faculta para pensar de manera más compleja y dinámica las relaciones entre los sistemas de percepción y de juicio y las fronteras que atraviesan el mundo social”¹⁶.

La Nueva Historia Cultural se hizo posible gracias al giro antropológico que permitió la utilización del término cultura por parte de los historiadores sin la concepción de alta cultura, sino que “ahora el término incluye la cultura de la vida cotidiana, es decir, las costumbres, los valores y los modos de vida”¹⁷, comenzando a usarse el término ‘culturas’, en plural.

La apropiación de un término que provenía de otra disciplina, generó muchos debates, tanto en la Historiografía como en las Ciencias Sociales. Por un lado, surgió la propuesta de Clifford Geertz quien sostuvo que a través del enfoque interpretativo se comprendería la vida social como algo organizado en símbolos, cuyo significado se podría alcanzar si se estaba dispuesto a comprender esa organización. Esto rompió con la

¹⁶ Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Edit. Gedisa, 2005, p. IV.

¹⁷ Burke, Peter. *¿Qué es la Historia Cultural?* Edit. Paidós, 2006, p. 50

concepción clásica donde el investigador podría situarse en el lugar del sujeto de estudio, ahora solo se pretendía interpretar sus símbolos, por tanto, “centra su atención en el significado que las instituciones, acciones, etc. tienen para quienes las poseen”¹⁸. Lo que también es compartido por el historiador Peter Burke, al sostener que “el común denominador de los historiadores culturales podría describirse como la preocupación por lo simbólico y su interpretación pero una aproximación al pasado en términos del simbolismo no es sino una aproximación entre otras”¹⁹.

Acercarnos a nuestro estudio desde lo simbólico es muy importante, debido a que si deseamos adentrarnos en aquello que le da sustento a la lectura, es necesario comprenderlo dentro del contexto histórico y social en el cual se enmarca, pues la misma práctica puede tener un significado totalmente diferente para miembros de otro grupo social (entendiendo lo social más que lo netamente económico). La analogía del juego que menciona Geertz, señala que los seres humanos no están guiados por fuerzas sino sometidos a reglas, a través de las cuales crean universos de sentidos en los que ciertas cosas pueden darse y ciertas que no. Lo que nos llevaría a entender los imaginarios como “una gran pluralidad de convenciones aceptadas y de procedimientos apropiados”²⁰.

Sin embargo, este mismo planteamiento hizo cuestionarnos varios aspectos de nuestra investigación. Debido a que si bien buscamos lo simbólico otorgado a la lectura, ésta es una práctica que se suscribe a un grupo particular y que posee una materialidad, de ahí las variables de en qué formato se lee, cómo se lee, por qué se lee. Lo mismo nos sucede con la figura de la lectora pues, el imaginario alrededor de ella también implica una práctica que muchas veces reproduce otros símbolos.

Por lo señalado, es que además recurrimos a William H. Sewell que cuestionó el foco exclusivo en los símbolos, abandonando las prácticas. En su propuesta, los símbolos y la práctica son complementarios, cada uno presupone al otro, debido a que “comprometerse en la práctica cultural significa utilizar los símbolos culturales existentes para alcanzar cierto fin”²¹. De esta manera, se espera que el empleo de un símbolo permita alcanzar un objetivo particular solo porque, en mayor o menor medida, tiene determinados significados.

¹⁸ Geertz, Clifford. *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 34

¹⁹ Burke, 2006, Óp. Cit. p. 15

²⁰ Íbidem, p. 39

²¹ Sewell, William. «The concept(s) of Culture.» En *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, de Victoria Bonell y Lynn Hunt, traducido por Gilberto Giménez. Londres: University of California Press, 1999, p. 47

Por lo que para Sewell, la práctica implica al sistema pero a su vez, “el sistema no existe fuera de la sucesión de prácticas que lo instancian, reproducen o (lo que es más interesante todavía) lo transforman”²².

b) Las representaciones

La relación entre lo simbólico y la práctica nos ha llevado al trabajo *El Mundo como representación* de Roger Chartier, quien propone intentar descifrar de otra manera las sociedades, ya que sostiene que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones contrarias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos dan sentido al mundo que le es propio. Dentro de nuestra investigación, le otorgamos un rol importante a esta propuesta, pues al querer indagar sobre el debate que se generó en torno a la lectura-manía en un sector en particular, es muy probable que nos encontremos con representaciones diferentes y por sobre todo, que busquen darle sentido a su grupo social.

Para Chartier, los dispositivos de las representaciones no solo son producidos por el emisor sino que también inscriben en sus estructuras los deseos y las posibilidades del público al que apuntan. Lo que nos ha llevado a tener presente que aunque estas revistas están dirigidas a mujeres, pueden expresar diferencias en las representaciones debido al público específico que buscan llegar (más progresista, más reaccionario), lo que Roger Chartier denomina la representación de la diferenciación social.

Siguiendo esta línea, para el autor los textos o conjuntos de textos no son recipientes neutrales donde se encuentran las ideas y las mentalidades tal cual son en la realidad, por esto es necesario comprender las diversas significaciones concedidas a un texto como también “identificar los principios (de clasificación, de organización, de verificación) que gobiernan su producción así como descubrir las estructuras de los objetos escritos (o de las técnicas orales) que aseguran su transmisión”²³. Es así como las fuentes las analizaré en tanto su contenido como en relación a la editorial a la que se inscriben inmersos en su contexto histórico-cultural determinado.

c) Historia de la Lectura

El supuesto de que la lectura no está previamente inscrita en el texto, se enmarca dentro de *La Historia de la Lectura* propuesta por Roger Chartier, quien reconocer que un

²² Ídem.

²³ Chartier, 2005, Óp. Cit. p. V

texto no existe más que porque hay un lector para conferirle significado, lo que él denomina el encuentro entre ‘el mundo del texto’ y ‘el mundo del lector’²⁴. Por tanto, se debe reconstruir y reconocer en sus dimensiones históricas ese proceso en que un texto cobraría sentido y “ante todo, tener en cuenta que sus respectivos significados dependen de las formas y las circunstancias a través de las cuales sus lectores (o sus oyentes) los reciben y se los apropian”²⁵, pues la lectura no es meramente una operación intelectual abstracta, sino que se relaciona una puesta del cuerpo, el espacio, la relación consigo y los demás.

En el trabajo del autor, las obras no tienen un sentido estable o universal. Están cargadas de significaciones diferentes y cambiantes que se construyen en el encuentro entre la propuesta y la recepción. Los sentidos atribuidos dependen de los públicos que se adueñan de ellas. En *El Orden de los Libros*, sostiene que “el libro apunta siempre a instaurar un orden, sea el de su desciframiento, en el cual debe ser comprendido, sea el orden deseado por la autoridad que lo ha mandado ejecutar o que lo ha permitido”²⁶, pero que existe una dialéctica entre la coerción y la apropiación. Lo que considero el aporte mayor a esta investigación, es el reconocimiento histórico que le otorga a esta dialéctica, pues postula que no es la misma en todas partes, siempre y para todos, por tanto, nos incita a reconocer sus diversas modalidades y sus variaciones múltiples.

El autor invita a comprender los principios que gobiernan el ‘orden del discurso’, lo que “supone que se descifren en rigor las leyes que fundan los procesos de producción, de comunicación y de recepción de los libros (y de los otros objetos que vehiculizan lo escrito)”²⁷, en este sentido, la propuesta de Roger Chartier es de gran utilidad tanto para nuestras preguntas de investigación como para la forma en que buscamos resolverlas, pues nuestras fuentes vehiculizan lo escrito sobre la comunicación y recepción de libros.

En relación a nuestro objeto de estudio, el autor menciona, que “los creadores, los poderosos, o los ‘sabios’, aspiran siempre a fijar el sentido y a enunciar la interpretación correcta que deberá forzar la lectura (o la mirada)”²⁸ relacionando lo escrito y los objetos que lo vehiculan con un papel pedagógico, disciplinante, aculturante; de allí también los controles ejercidos sobre lo impreso, sometido a una censura que debe alejar todo aquello que podría poner en peligro el orden, la religión o la moral.

²⁴ Chartier, 2005, Óp. Cit. p. IV

²⁵ Cavallo y Chartier, 2001, Óp. Cit. p. 16

²⁶ Chartier, Roger. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 2005, p. 20

²⁷ Ídem.

²⁸ *Ibidem*, p. 21

No obstante, para Chartier la recepción siempre inventa, desplaza, distorsiona. Es decir, las obras producidas en un orden específico que tiene sus reglas, sus propias convenciones y jerarquías, cobran densidad al peregrinar a través del mundo social, lo que para el autor “es un recurso precioso para pensar lo esencial: la construcción del vínculo social, la subjetividad individual, la relación con lo sagrado”²⁹.

El estudio de las prácticas que se hacen cargo de los objetos o las formas, produciendo usos y significaciones diferenciadas, es decir los “contrastes, igualmente, entre normas y convenciones de lectura que definen, para cada comunidad de lectores, usos legítimos del libro, modos de leer, instrumentos y procedimientos de interpretación”³⁰. A través de la Historia de la Lectura, podemos situar las redes de prácticas y reglas propias de las diversas comunidades de lectores, pues está limitada por los códigos y las prácticas que rigen en una comunidad de pertenencia. De esta forma, el autor sostiene que muchos textos “tienen la intención de anularse como discursos y producir, en la práctica, conductas reconocidas como conformes a las normas sociales o religiosas”³¹. Es el caso, por ejemplo, de los tratados de civilidad que proponen que los individuos incorporen las reglas de la cortesía mundana o de la beneficencia cristiana.

d) La categoría de género

Al decidir prestar atención a la representación de la lectora en tanto consumidora de literatura como mujer, consideramos importante enriquecer nuestro análisis con la *categoría de género*, como lo sugiere la historiadora Joan Scott, quien realiza una propuesta para trabajar el género como categoría de análisis histórico, entendido como un “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos”³² y como forma primaria de relaciones significantes de poder.

La autora propone cuatro elementos interrelacionados en el género, pero para el curso de esta investigación usaremos tres; el primero, entender los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones, múltiples y a menudo contradictorias, como es el ejemplo de Eva y María en la tradición cristiana, pero también aquellos mitos de luz y oscuridad, de purificación y contaminación, inocencia y corrupción. Scott sostiene que “para los historiadores, las preguntas interesantes son cuáles son las representaciones

²⁹ Ídem.

³⁰ *Ibidem*, p. 25

³¹ *Ibidem*, pp. 37-38

³² Scott, Joan. «El género: Una categoría útil para el análisis histórico.» En *El Género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, de Martha Lamas (comp.). México D.F.: PUEG, 1996, p. 24

simbólicas que se evocan, cómo y en qué contextos”³³. El segundo, “los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas”³⁴, dichos conceptos se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente el significado de varón y mujer, lo masculino y femenino. El tercero es la identidad subjetiva del género, es decir, investigar las formas en que se construyen esencialmente las identidades genéricas, y “relacionar sus hallazgos con una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales, históricamente específicas”³⁵.

De esta forma, Scott entiende el género como el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder y que facilita la significación de éste en tradiciones occidentales, como la judeo-cristiana e islámica. Por tanto, el género se implica en la concepción y construcción del poder, además de su distribución (control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos, o acceso a los mismos).

³³ *Ibidem*, p. 44

³⁴ *Ídem*.

³⁵ *Ibidem*, p. 46

Estado de la cuestión

Una historia de la lectura realizada por mujeres durante nuestro período de estudio, ha sido abordada por la historiadora Kate Flint, si bien su estudio se centra en el caso inglés, la incluimos en este apartado porque la consideramos esencial para la realización de esta investigación. En *The Woman Reader 1837–1914*, desarrolla el problema de la lectura, alrededor de la creencia extendida de los poderes de lo que se leía.

La historiadora, explica por un lado que se le otorgaba un potencial beneficioso que fue celebrado pero por otro, se temía de lecturas desordenadas o ‘traviesas’. Con respecto a lo último, el argumento era que ciertos textos podían corromper la mente inocente de las mujeres, lo que las llevaría a disminuir su valor como mujer. La autora no solo aborda los efectos psicológicos de la lectura sino que también la preocupación por la salud física, el desarrollo espiritual e intelectual de las mujeres³⁶.

Desde la historiografía nacional son muy pocas las investigaciones sobre la mujer como lectora a comienzos del siglo XX, por lo que incluimos en el trabajo del académico Juan Poblete, que si bien se concentra en el siglo XIX, aborda la existencia de dos ansiedades frente al desarrollo cultural chileno, al recoger el testimonio de Enrique Nercasseau Morán señala “la ampliación incontrolada de los discursos socialmente circulantes así como del género de los sujetos que ellos alcanzaban”³⁷, lo que llevaría a la constitución de un mercado económico cada vez más extenso como espacio para dicha circulación. El autor centra su análisis en la necesidad de una ‘sustitución de importaciones’ es decir, la producción de un género novelesco en territorio nacional que fuera apto para todo público, a diferencia de la novela extranjera vista con resquemor. Gracias a esta investigación es que comenzamos desde la premisa de que ya hubo un intento de ‘racionalizar’ la lectura realizada por mujeres.

Siguiendo en la historiografía nacional, se encuentra el trabajo que consideramos imprescindible para nuestra investigación, realizado por el historiador Manuel Vicuña en su trabajo *La belle époque chilena*, pues dedica una sección al tema que nos convoca, denominado ‘*Literatura como extravío*’, enmarcado dentro del estudio que realiza sobre la Liga de las Damas Chilenas, fundadoras del periódico *El Eco y La Cruzada*. El autor sostiene que “ningún afán relativo al ámbito cultural resultó más persistente que la diseminación de una cosmovisión y cuerpo literario conforme a la moral católica y

³⁶ Flint, 2011, *Theory*, Óp. Cit. p. 6

³⁷ Poblete, 2003, Óp. Cit. p. 31

enseñada por la Iglesia”³⁸, debido a que el consumo de los productos no estaban circunscrito a determinados edificios o lugares públicos. Esto no lleva a comprender por qué resulta importante y a la vez, atrayente nuestro análisis, pues son prácticas en cierta forma huidizas.

Manuel Vicuña comparte la propuesta que hemos sostenido sobre que la lectura de novelas era “considerada como un voraz vicio femenino”³⁹ y que en caso de la élite a la cual se dirigían la mayoría de las publicaciones periódicas que aquí se analizan, las jóvenes parecen haber conformado el sector mayoritario de su consumo⁴⁰. De esta forma, para el historiador es posible aventurarse en algunas ideas de cómo se leía en dicho período tomando como partida el análisis de las premisas que se tenían en torno a los efectos psicológicos de la lectura, en donde hace hincapié que “la creencia del impacto avasallador de una mala lectura y, a la inversa, redentor de una buena, resulta de por sí instructiva”⁴¹.

Si bien, reconoce los esfuerzos liberales y la secularización de ciertas prácticas, no descarta la posibilidad de retrocesos en dicho proceso de liberalización⁴². No obstante, como hemos mencionado, su investigación se enmarca dentro del interés controlador de la Liga de las Damas Chilenas, por lo que en su análisis no podemos apreciar si existió alguna otra propuesta quizás menos reaccionaria frente a la lectura.

³⁸ Vicuña, 2010, Óp. Cit. p. 183

³⁹ *Ibidem*, p. 184

⁴⁰ *Ibidem*, p. 185

⁴¹ *Ibidem*, p. 186

⁴² *Ibidem*, p. 188

CAPÍTULO I

Pintura de una época

Al tener que situar el contexto histórico de nuestro estudio, debemos hacerlo dentro de lo que se ha denominado la *belle époque*. Un período lleno de ansiedades y contradicciones. Es la época de la idea del progreso sin fin expuesta en la magnificencia del Titanic; del refinamiento y narcisismo de Oscar Wilde y su Dorian Gray; de las mujeres que por primera vez se trasladan solas a través de la bicicleta y de los bulevares.

Un período que bañado por la nostalgia y el horror de la Gran Guerra fue bautizado como la época bella. No obstante, también es la época de la cuestión social, la asociación de obreros en contra de sus condiciones laborales paupérrimas y del estallido de una de las guerras más violenta que había conocido la humanidad hasta ese entonces.

Para entender todas estas dicotomías de un período en constante cambio, debemos conocer que en el último cuarto del siglo XIX se produjeron en Europa cambios en las costumbres y en los modelos de comportamiento; cambios que de alguna manera expresaban una respuesta a los acontecimientos que estaban ocurriendo, entre las que destacan la expansión del imperialismo y del capitalismo, la idea de progreso indefinido y las transformaciones de la tecnología.

A nivel nacional, Bernardo Subercaseaux le otorga importancia al período posterior a la Guerra Civil de 1891, pues sostiene que se aceleró el proceso de fusión de una aristocracia agraria con grupos plutócratas que se habían enriquecido mediante las exportaciones comerciales, acelerándose el proceso de fusión de la vieja aristocracia, la banca, la minería y la industria. Surgiendo un interés por la modernización, principalmente motivada por la integración al mercado capitalista mundial, en sus instancias de producción y consumo⁴³.

En el campo de la cultura corresponde a una etapa de profesionalización de las distintas prácticas artísticas como la literatura, el teatro y la pintura. También es un período de apropiación de ideas extranjeras como el positivismo, las corrientes espiritualistas y el afrancesamiento.

⁴³ Subercaseaux, 2011, Óp. Cit. p. 303

En este contexto es que Subercaseaux sostiene que existió una apropiación cultural de la *belle époque* francesa, pues no se trató de una reproducción de un pensamiento que circulaba internacionalmente, sino que más bien correspondió a una “cosmovisión que se vincula y encuentra su sustrato orgánico en el cuerpo social y cultural chileno”⁴⁴, que no es ajena a procesos nacionales como la plutocratización de la aristocracia y por ende, el cambio de valores de un sector de la élite.

Esto se manifestó en nuevas formas de vida, poniendo énfasis en placeres terrenales, donde la ostentación y el hedonismo adquirieron un lugar preponderante. Volteándose a la elegancia, el cosmopolitismo y la opulencia que discrepaban de la fisionomía austera de la vieja aristocracia terrateniente.

Por tanto, a pesar de que a nivel internacional existiera un proceso que estaba cambiando la sociedad de finales de siglo, fue la propia modernización de la sociedad chilena la que le dio sustancia al concepto de *belle époque* nacional y a la contradicción entre la dimensión valórica y material de la idea del progreso.

A. La lectura

Para ingresar al estudio de las prácticas de lectura nacional, recurrimos a la tesis doctoral de Ariadna Biotti, la historiadora señala que “los libros fueron definidos por la autoridad real como buenas herramientas para la extensión de la civilidad cristiana”⁴⁵, pero solo si se utilizaban y comprendían desde el pensamiento y las prácticas admitidas por la Iglesia Católica. La autora nos menciona que los libros eran objetos potencialmente divinos o perversos, “razón por la cual debían ser vigilados y tutelados”⁴⁶.

En el siglo XVI, ya se otorgaba a la lectura la capacidad de poder provocar efectos en los lectores, tal es el caso de Juan Luis Vives, quien en 1524 manifestaba que las novelas de caballería eran las culpables de encender el deseo romántico⁴⁷. En dicha época, por tanto, se recomendaba la lectura oralizada por sobre la silenciosa, debido la creencia de que los libros “si se leen silenciosamente se apoderaban con una fuerza irreprimible de lectores

⁴⁴ *Ibidem*, p. 304

⁴⁵ Biotti, Ariadna. *La historia por el libro. Tránsitos y recorridos de La Araucana. Santiago de Chile (1788-1888)*. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Chile, 2014, p. 45

⁴⁶ *Ídem*

⁴⁷ Vives, Juan Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires: Espasa, 1940, p. 36

maravillados y embelesados que percibían el mundo imaginario desplegado por el texto literario como más real que la realidad misma”⁴⁸.

1. La lectura en el siglo XIX

Bajo el estado independiente del siglo XIX, el libro era considerado un testimonio objetivo, neutral y real de la capacidad intelectual de la elite chilena, un elemento que debía describirse de manera objetiva y, al mismo tiempo, era aval de la distinción nacional. Por tanto, la lectura cumplía un rol educativo, siempre y cuando estuviera acorde a la religión y las buenas costumbres.

Al estudiar el siglo XIX, el académico Juan Poblete sostiene que el consumo literario femenino surgió en la mencionada centuria y “de un tipo de consumo específico: las novelas y los folletines europeos que la desarrollada industria editorial del viejo continente ponía, cada vez a precios más accesibles, a su alcance”⁴⁹. Debido a que dicho género literario era considerado una lectura realizada por placer que no aportaba ningún beneficio, era pensada ilegítima. Por el contrario a la lectura masculina, orientada a los textos clásicos que suponían mayor dificultad e inversión de dinero y tiempo, es decir, lícita.

Es así como en lo que se ha denominado la ‘batalla por la civilización’ de la elite liberal decimonónica contra la ignorancia que asumió las características de lo religioso-colonial, se veía a la lectura como una de las formas de poder vencer dicho oscurantismo. No obstante, la novela generaba desconfianza por ser considerada poco provechosa.

A diferencia de la mayoría de los intelectuales liberales, en su propuesta educativa realizada en 1866, Domingo Sarmiento se refiere a la tarea de aprender a leer como una obra larga, penosa y mortificante, por lo que muchos preferían no hacerlo, pero que había excepciones como la novela-folletín que en cierta medida ayudaba a incentivar la lectura, pues sostiene que “Soulié, Dumas, Balzac, han estado enseñando a leer a la América del Sur, que para leer sus novelas-folletines se ha convertido en una vasta escuela”⁵⁰. Para este reformador de la pedagogía, era preferible leer novelas antes que no realizar lectura alguna. Lo que polemizaba con autores que defendían el clasicismo, como Andrés Bello.

⁴⁸ Chartier, Roger. *El presente del pasado: Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México D.F.: Universidad Iberoamericana, 2005, p. 90

⁴⁹ Poblete, 2003, Óp. Cit. p. 29

⁵⁰ Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile: desde la Colonia hasta el Bicentenario*. Santiago: LOM Ediciones, 2010, p. 68

En este interés por acercar la lectura aunque fuera en formas de novelas, es que pensadores liberales, como Francisco Bilbao, entre 1870 y 1880⁵¹ tradujeron más de 110 novelas entre las que incluían autores como Charles Dickens, Julio Verne y Alejandro Dumas (hijo), correspondiendo más del 75% de las obras traducidas a escritores franceses.

No obstante, el interés liberal por la masificación de las letras se presenta con mayor claridad en la masificación de la educación a través de la escuela, considerada el camino para “derrotar la barbarie”⁵². Esto llevó a que de los 5.700 alumnos que en 1831 habían en Chile, en 1855 aumentaron a cerca de 36.000 y en 1885, a alrededor de 95.000 estudiantes. Lo que desde el punto de vista de la construcción de recintos educacionales corresponde a que en el año 1861, de las 911 escuelas entre públicas y privadas que había en el país, 315, vale decir, un tercio del total corresponde a escuelas para mujeres⁵³, nuestro sujeto de estudio.

Estos proyectos dieron frutos si analizamos las cifras de alfabetización, en 1854 solo el 13,5% de la población nacional podía considerarse letrada, en 1885 el porcentaje subió al 28,9%. Con respecto a la diferencia de género, si en 1854 el 9,7% de las mujeres era letrada, en 1895 el 29,2% de la mujeres, angostando la brecha con los hombres que en el mismo año alcanzaban el 34,3%⁵⁴.

La interrupción de la educación sin la profunda brecha de género y de la lectura en los hogares otrora terreno exclusivo de la influencia moral de la Iglesia Católica, desencadenó ciertas ansiedades. Lo que se manifestó en preocupaciones con la salud física y mental de los lectores, en especial las mujeres que al “extraviarse sexualmente, ya sea en la imaginación o en la realidad, también se distraerían del desarrollo intelectual y espiritual”⁵⁵.

Surge un fenómeno parecido al que se desarrolló en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII. La lectura de literatura religiosa disminuye debido a que se imponen las novelas, los libros de viajes y las obras de historia natural⁵⁶. Lo que se cruza con otro proceso del mismo orden, la masificación de la lectura silenciosa individual por sobre la oralizada en voz alta.

⁵¹ *Ibidem*, p. 83

⁵² *Ibidem*, p. 59

⁵³ *Ibidem*, p. 61

⁵⁴ Poblete, 2003, *Óp. Cit.* p. 37

⁵⁵ Flint, 2011, *Theory*, *Óp. Cit.* p. 6

⁵⁶ Darnton, 2003, *Óp. Cit.* p. 184

En nuestro país por su parte, el surgimiento de los folletines que se publicaban en los periódicos permitió el acceso a literatura principalmente extranjera y a bajo costo. Dicho género tuvo una identificación social con las mujeres que supuestamente constituían su público mayoritario, debido a que se le otorgaban una serie de valores que socialmente se consideran femeninos como el placer, la sensualidad, la facilidad, el cambio repentino, la negación de la ‘verdadera’ productividad, la moda, entre otros⁵⁷.

No obstante, para Juan Poblete fue el surgimiento de la novela nacional de mano de Blest Gana la que ocuparía un lugar intermedio entre las lecturas consideradas como masculinas y femeninas. La lectura de novelas por tanto, debía ser racionalizada bajo la figura del Estado liberal de la época, para que fuera productiva. Tal como *Martín Rivas*, la novela nacional o de costumbres, debía contener historia patria, política y romance, para que interesara a hombres y mujeres. Así, éstas evitarían leer historias consideradas sin valor.

La mayoría de estas novelas abordan temáticas relacionadas con la familia oligárquico-burguesa como representación de la emergente nación y asilo de la esfera privada, replanteando las relaciones sociales y de género desde el carácter edificante, de ahí que

“las mujeres signan el orden moral y espiritual, también son presentadas como madres letradas que tienen como fin aportar en la ilustración de la nación a través de la familia, y además escenifican un cambio en la sensibilidad en relación con el amor como una experiencia cada vez más importante en los vínculos matrimoniales”⁵⁸.

Tal como hemos observado, el debate de la relación entre la lectura y la vida podría describirse como de largo aliento, teniendo antecedentes durante la Colonia. Sin embargo, debido al aumento de la cobertura escolar y de la población alfabetada, en el siglo XIX se produjeron nuevos temores sobre los efectos de la lectura, especialmente en grupos que se consideraban más vulnerables a su influencia, como las mujeres.

⁵⁷ Poblete, 2003, Óp. Cit. p. 62

⁵⁸ Arcos, Carol. «Novelas-folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile.» *Revista Chilena de Literatura*, no. 76, Santiago, 2010, p. 37

B. La prensa

Las transformaciones en la lectura y educación detalladas en el apartado anterior, también se relacionan con la masificación de la prensa durante el siglo XIX. Subercaseaux sostiene que el período de 1880-1890 fue una década floreciente en la creación de diarios y periódicos, principalmente debido al ideario liberal que tenía una apertura hacia los debates políticos.

La prensa era el único medio de opinión pública de la sociedad finisecular y ha sido definida como variada y muy diversa en relación con su contenido, su propiedad y su localización geográfica. Este punto encuentra sustento en datos cuantitativos, “en 1890-1900 hubo un promedio de 186 periódicos por año —frente a 150 de la década anterior—, con una creación —también promedio— de 95 periódicos anuales”⁵⁹. Mientras que en Santiago con 256.403 habitantes, circulaban 52.800 periódicos diarios, y en Valparaíso, en 1895 circulaban 21.100 para una población de 122.447 personas, una cifra impactante si se considera que solo el 32% de la población sabía leer y escribir.

En este contexto, es que a mediados de la centuria decimonónica comenzaron a mostrarse escritos firmados con nombres femeninos dentro de periódicos y revistas literarias. Uno de los ejemplos más populares es la Revista de Santiago (1872-73) que contaba con la participación de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Victorino Lastarria, donde se publicó el prólogo de Martina Barros Borgoño sobre el libro *La esclavitud de la mujer* de Stuart Mill.

Lo que ha llevado a Subercaseaux a sostener que esta expresividad si bien fue generada por un nuevo escenario social que hemos descrito anteriormente también “contribuyó, a su vez, a expandirlo y reproducirlo”⁶⁰.

1. Prensa femenina

Como prensa femenina entendemos prensa publicada por o para mujeres. Destacando el caso de *El Eco de las Señoras de Santiago* (1865). Sus creadoras eran católicas fervorosas que decidieron publicar para defender la religión ante las reformas constitucionales que discutían la relación entre la fe católica y el Estado.

⁵⁹ Subercaseaux, 2011, Óp. Cit. p. 426

⁶⁰ Íbidem, p. 345

Le siguieron algunas publicaciones periódicas femeninas de corte literario como la *Revista de Valparaíso* o *La Mujer de Curicó* que contaron con una mejor acogida en el público finisecular.

a) *Revista Familia*

Tras el éxito de la *Revista Zig Zag* (1905) dirigida a un público amplio debido a su categoría de publicación de variedades, la empresa se transformó en una editorial y en 1910 publicó la revista *Familia* que se declaraba dedicada al hogar y “la mujer, que en él es reina y dueña”⁶¹.

La editorial de la revista *Familia* si bien muestra una visión tradicional de la mujer relacionada con el hogar, rápidamente se transformó en una publicación más progresista en temáticas como la educación de la mujer y su rol en la esfera pública. A tal punto que la autora Asunción Lavrin denomina que en la edición de junio de 1915 se fundó “la génesis del feminismo de clase media y alta nacional”⁶² cuando Amanda Labarca fundó el Círculo de Lectura.

Dicho Círculo era una agrupación de mujeres de clase media y alta “solteras y casadas, para leer juntas, hablar de asuntos intelectuales y promover la cultura de la mujer chilena por todos los medios posibles”⁶³.

En 1916 el Círculo de Lectura contaba con trescientas socias y gestó a otra institución en su interior, el Club de Señoras, quienes querían abrir el espectro más allá de la lectura, enfocándose en reuniones sociales que reemplazarían a las tertulias decimonónicas. El Círculo de Lectura y el Club de Señoras compartieron socias pero se mantuvieron separados porque tenían propósitos diferentes.

El Círculo contaba con mujeres como Amanda Labarca que pensaban que las ocupaciones intelectuales iban a la par de las reformas sociales, mientras que el Club

⁶¹ *Familia*. «Editorial.» Enero de 1910, p. 1

⁶² Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, p. 361

⁶³ *Familia*, «Los círculos de lectura.» Enero de 1910, p.10

buscaba ensalzar lo social. En 1919 el Círculo terminó por separarse en dos grupos: el Consejo Nacional de Mujeres y el Centro Femenino de Estudios⁶⁴.

b) El Eco

Otra manifestación de prensa femenina la encontramos en el *Eco de la Liga de las Damas Chilenas*, publicación quincenal que comenzó en 1912 bajo la consigna de ‘Dios, patria y familia’ y estaba escrita por mujeres católicas participantes en la Liga de Damas Chilenas, entidad que tenía como su misión combatir “los espectáculos inmorales de biógrafo, de la mala lectura y revista impropia para la sociedad donde se exhiben vistas con grabados corruptores”⁶⁵, es decir, estaba destinada a combatir la secularización de la población, en lo que ellas denominaron una corrupción de la sociedad.

El *Eco* estaba dirigido principalmente a las madres para que educaran a sus hijas bajo los valores católicos. Comenzaron comentando obras expuestas en el Teatro Municipal para ampliar su gama a consejos sobre cómo debían vestirse las jóvenes y qué libros debían leer. En 1915 la publicación cambió su nombre a *La Cruzada* pero mantuvo sus principales características.

Es así como las revistas escritas o dirigidas por mujeres eran una amalgama de intereses, por un lado los tradicionales para una mujer de elite y por otro, aquellos propios del mundo moderno. Estos discursos ingresaban en el ámbito de las prácticas cotidianas con la intención de mostrarle a las mujeres lo que era permitido y adecuado, “para construir de esta manera la representación del ideal femenino y de la nación que querían instaurar”⁶⁶. Percibiéndose cierta tensión entre el sujeto femenino tradicional frente al que busca ampliar su horizonte hacia lo público.

⁶⁴ Lavrin, 2005, Óp. Cit. p. 363

⁶⁵ *Familia*, «La Liga de Damas Chilenas de Viña del Mar.» Junio de 1914, p. 8

⁶⁶ Gil, Cristina. «La mujer lectora en la “prensa femenina” del siglo XIX. Estudio comparativo entre Biblioteca de Señoritas (1858–1859) y La Mujer (1878-1881).» *Revista Historia y Memoria*, no. 13, Tunja, 2016, p. 19

CAPÍTULO II:

Sobre lecturas

A. El cuerpo y el alma: El rol otorgado a la lectura durante la belle époque

En el presente capítulo abordaremos el rol otorgado a la lectura en revistas femeninas de la *belle époque*, analizando las características o efectos que le eran otorgados, junto a los géneros recomendados y criticados.

Nuestro análisis evidenció dos formas principales de mencionar los libros: la primera de ellas es el libro en tanto objeto material y la segunda en relación a la utilidad que poseen mediante la lectura. Consideramos que se resumen de buena manera en el siguiente decálogo de la Revista *Familia*: “nada importa que se publiquen muchos libros, si éstos no son bellos o útiles”⁶⁷. Las hemos denominado el cuerpo y el alma, respectivamente.

1. El cuerpo

Se relaciona con el libro en tanto objeto físico, su mera presencia connota ciertas representaciones, que se centran en su categoría de objeto decorativo y revelador de la personalidad de quien lo posee.

a) El libro como objeto decorativo y modernizador

En los consejos de decoración de interiores de la Revista *Familia* encontramos como sugerencia la presencia de libros, en especial, en residencias de descanso como la casa de campo.

El libro se menciona como parte del mobiliario, tal es el caso de una sugerencia dirigida a una lectora denominada ‘Una señora campesina’ donde se menciona que junto a

⁶⁷ *Familia*. «Nombres y realidades.» Julio de 1913, p. 31

utilizar alfombras, el salón se debe adornar con libros, floreros y fotografías⁶⁸. En otra recomendación encontramos el mismo patrón pero nos aporta aún más detalles, respondiendo a una de sus lectoras que pide consejos para remodelar la antigua casa de campo de su esposo, le responden:

"Te veo, con el pensamiento, instalada en la casa de la hacienda de tu marido... para *modernizar* tu salón, te bastará mandar a hacer mesitas de diferentes formas y usos, las que, esmaltadas de colores adecuados, diseminarás por la habitación, con libros, floreros siempre llenos de flores frescas, aunque sean cogidas en el campo; puestos sobre pañitos blancos o de colores"⁶⁹.

Según lo anterior, el libro tenía una consideración material que estaba a la par de otros objetos decorativos en un hogar de descanso, pero también formaba parte de los elementos que al insertarlos en lo antiguo, las haciendas en este caso, pueden por su sola presencia modernizar dicho lugar.

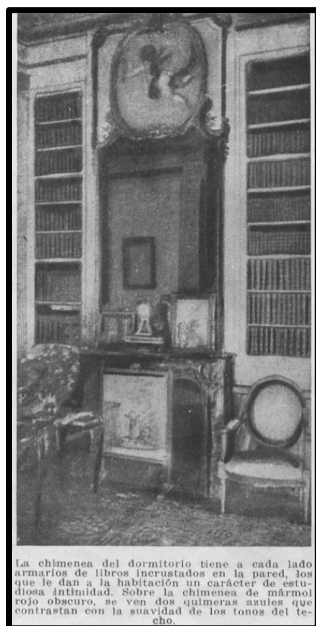
Se destaca al libro en tanto objeto bello que decora un ambiente, como a su vez, portador de lo moderno. Así lo podemos apreciar en un comentario de la misma revista; "tendréis un cuarto confortable con atmósfera de inteligencia y gusto, con el que no podrá competir ni el interior más lujoso"⁷⁰.

La tendencia de decorar con libros, no solo se manifestaba en las columnas de consejos sino que también en las secciones de la revista *Familia*, en la que destacamos la denominada '*El arte de estar en casa*' en la cual se evidencia lo anteriormente expuesto y se enseña una fotografía (**imagen 1**) que señala "libros incrustados en la pared, los que le dan a la habitación un carácter de estudiosa intimidad".

⁶⁸ *Familia*. «Correspondencia: Una señora campesina.» Marzo de 1913, p. 44

⁶⁹ *Familia*. «Para las casas de campo.» Julio de 1913, p. 38

⁷⁰ Cecile Sorel. «El arte de estar en casa.» *Familia*, Abril de 1914, p. 11



La chimenea del dormitorio tiene a cada lado armarios de libros incrustados en la pared, los que le dan a la habitación un carácter de estu- diosa intimidad. Sobre la chimenea de mármol rojo oscuro, se ven dos quimeras azules que contrastan con la suavidad de los tonos del te- cho.

Imagen 1: *El arte de estar en casa. Familia, Abril de 1914, p.11*

b) *El libro y la personalidad del dueño*

El libro como objeto dentro del hogar, también es relacionado con las personas que lo habitan, como se aprecia a continuación:

“el piano abierto, con una sonata de Beethoven en el atril, revelará sus aficiones artísticas bajo la forma más profundamente seria; un trozo de batista bordada que se escapa de un cesto graciosamente adornado con lazos, atestiguará los primores que sabe hacer con la aguja; más lejos, una mesita, especie de biblioteca ambulante, *nos habla más claramente de sus cualidades morales*: tiene el Kempis, *luego es muy piadosa*; lee el Quijote, lord Byron, Zorrilla, Mme. Craven y Pereda; pues tiene que ser una criatura encantadora, excepcional y...sublime”⁷¹.

Siguiendo la publicación citada, el libro podía revelarnos características personales del lector. No se hace alusión a si los libros eran leídos o no, simplemente el hecho de poseer ciertos libros revelaría características de la persona. Así, en Revista *Familia* se menciona que “la biblioteca lleva siempre el sello de la originalidad, del buen gusto y de la mentalidad de su dueño”⁷².

⁷¹ *Familia*. «Para ser elegante.» Mayo de 1911, p. 41

⁷² *Familia*. «Para empastar libros en la casa.» Febrero de 1911, p. 25

Lo anterior dista de ser una práctica exclusiva del país, sino que más bien responde a su época. En *Images of the Woman Reader* la historiadora Catherine J. Golden afirma que el carácter de una mujer podía ser juzgado por los libros que poseía (como se observa en el texto destacado de la cita anterior) pero que también, los libros podían revelar el valor de una posible pareja o las compatibilidades amorosas⁷³.

2. El alma

La segunda forma, se relaciona con la utilidad que podría tener el libro a través de su lectura, es decir sus connotaciones inmateriales, así

“los libros son en efecto, la luz y el aire de la inteligencia, pues abren para nuestro espíritu horizontes nuevos y le muestran verdaderas bellezas, estimulan, renuevan y caldean la vida del alma. Aquella persona que no sienta el deseo de leer, es un ciego o un muerto intelectual”⁷⁴.

En este tipo de artículos la lectura se relacionaba con los elementos básicos que permiten la vida, como el aire y la luz, pero no una vida corporal sino que de lo considerado inmaterial: lo espiritual e intelectual. De esta manera, con la lectura se debería sufrir “un proceso de nutrición y digestión mental muy semejante al que sufren los alimentos antes de ser asimilados por el organismo”⁷⁵.

Se compara al libro con los nutrientes de los alimentos que desarrollan y fortalecen el cuerpo, el espíritu se cultivaría según el alimento intelectual que se adquiere por medio de la lectura. En consecuencia, no daba igual qué se leía. Si en alimentación se busca lo saludable, con la lectura debía ser de igual manera pues, “a más del cuerpo tenemos alma y ella también necesita cuidado (...) Ella necesita también alimento y alimento apropiado a su fuerza, a su contextura y a su estado. Démoselo con la lectura, pero con la buena lectura”⁷⁶.

A través de la lectura, los libros adquirirían las categorías de alimento y compañía, la retórica del período denomina a los libros como compañeros, personas e incluso, amigos íntimos o mejores amigos.

⁷³ J. Golden, Catherine. *Images of the Woman Reader in Victorian British and American Fiction*. Gainesville: University Press of Florida, 2003, p. 26

⁷⁴ Verónica. «La lectura.» *El Eco de La Liga de damas chilenas*, 13 de Octubre de 1912, p. 1

⁷⁵ *Familia*. «La hora de los libros.» Noviembre de 1914, p. 3

⁷⁶ Verónica. «La lectura.» *El Eco de La Liga de damas chilenas*, 13 de Octubre de 1912, p.1

B. Mujeres y niños primero: Recomendaciones de lectura

1. ¿Cuándo leer?

El hecho de entender la lectura como alimentación, hacía que el primer filtro fuera etario. Se postula que el niño debe tener sus lecturas especiales que lo motiven a desarrollar el hábito, pero que no fuera exclusivamente de esparcimiento, sino que sirviera de instrucción. Posteriormente, vendría la ‘edad de las novelas’, catalogada como la época más difícil para elegir lectura, debido a que “son tan pocas las novelas completamente sanas! Las hay, sin embargo, y conviene leerlas para distraer el espíritu” pero que “la novela no sea sino a ratos, y con suma moderación”⁷⁷.

La novela debía leerse con mesura pero a su vez, después que el lector tuviera una base formativa. Esto le permitiría distinguir entre las buenas y malas lecturas, para así no arriesgar su desarrollo intelectual. En la necesidad de sustentar dicho postulado se recurrió a figuras de autoridad, como médicos. Tal es el caso del Dr. Stall descrito como una ‘eminencia médica’ quien sostiene que ningún joven debe derrochar tiempo y esfuerzo en leer novelas antes de haber adquirido un gusto por lecturas *más sanas* y antes de haber formado su carácter con la adquisición de conocimientos pues “si en los años de la juventud no se leen libros fuertes y sólidos y no se depura el gusto y no se adquiere el hábito del estudio serio, antes de aficionarse a las novelas, difícilmente se sacará de todo esto algún provecho después”⁷⁸.

Se ponía especial reparo en la mujer, no importando la edad que ésta tuviera. La causa, como sentencia una integrante de la Liga, se debía a que “la naturaleza femenina es muy dúctil y blanda para recibir las influencias exteriores, y el más leve acto hiera profundamente su sensibilidad”⁷⁹.

2. ¿Cómo leer?

El siguiente filtro era de acuerdo a *cómo se debía leer*. La lectura debía hacerse de forma ordenada y estudiosa, especialmente para las mujeres se recomendaba tomar apuntes,

⁷⁷ Ídem.

⁷⁸ Stall, Dr. «Lecturas inconvenientes: La palabra de una eminencia médica.» *El Eco de la Liga de las damas chilenas*, 1 de Enero de 1913, p. 3

⁷⁹ Vicuña, 2010, Óp. Cit. p. 190

escribiendo “cuanto pensamiento brota en su mente al contacto de la mente ajena”⁸⁰, ya que, se buscaba evitar la lectura sin método y poco provechosa.

A la lectora joven se le aconsejaba realizarlos en su diario de vida, puesto que la lectura era considerada como “un acontecimiento más notable y de más trascendencia que muchos percances de la vida del corazón”⁸¹. Dentro de este mismo contexto en *Familia* se recoge el comentario del Monseñor Dupanloup en *La femme studieuse*, donde se señala que “el libro serio e instructivo debía ser leído con pluma o lápiz en mano para tomar apuntes de su contenido”⁸².

A pesar de estar analizando países diferentes, hemos encontrado similitud con la historiadora Kate Flint, quien sostiene que los poderes que se le otorgaban al libro eran unos de los principales puntos para crear el debate. Por un lado, el potencial beneficioso se definía como “el precioso sustento de un espíritu maestro que posee una potencia increíble de aliento e inspiración” y por otro, la “lectura desordenada es muy dañina”⁸³.

Existiendo un intento de entregar a la lectura la categoría de actividad intelectual y provechosa, oponiéndose a aquella realizada por ocio, como sería el caso de las novelas. La **imagen 2** es un ejemplo de cómo se tendía a representar a la lectura por esparcimiento (principalmente de un público femenino) como desordenada, realizada de forma holgazana y con la persona recostada en un diván o similar. A ojos de *La Cruzada*, se recurre a este tipo de lectura para “desertar de la vida ordinaria, buscan y encuentran en los libros la efímera, pero dulce ilusión de un cierto destierro voluntario, muy lejano e inaccesible, no exento de egoísta satisfacción y de cierto diletantismo espiritual”⁸⁴.

⁸⁰ *Familia*. «Diario de una niña.» Marzo de 1910, p. 1

⁸¹ Ídem

⁸² Verónica. «La lectura.» *El Eco de La Liga de damas chilenas*, 13 de Octubre de 1912, p. 1

⁸³ Flint, Kate. «Victorian and Edwardian Reading.» En: *The Woman Reader 1837–1914*. Oxford: Oxford Scholarship Online, 2011, p. 5.

⁸⁴ *La Cruzada*. «El arte de la lectura.» 1 de Julio de 1916, p. 5



Imagen 2: *El gran sistema. Familia, Febrero de 1912, p. 3*

3. ¿Por qué leer?

En *El Eco* encontramos un llamado a incentivar la lectura como complemento de la educación femenina. Una de las escritoras menciona que la instrucción limitada recibida por el colegio o la institutriz, era solo la base de lo que debían saber. Recomendando la lectura para su propia formación, no obstante, era importante poner atención en qué se leía:

“¡Qué fuente de goces puros y serenos es la lectura seria, la lectura ordenada y buena!”; los libros “son los compañeros fieles, los amigos de cada día; son los maestros, son los directores que nos guían y nos enseñan, que nos consuelan y nos dan ánimo para cumplir siempre con nuestro deber”⁸⁵.

La misma Liga de las Damas Católicas, entidad fundante de dicha publicación, definió la lectura como la solución para que la mujer tuviera una base fundamentada de su fe y no fuera víctima de atropellos en sus creencias y sentimientos religiosos. Las lecturas de obras instructoras debían comprenderse “como llamado a llenar un vacío y a curar un mal latente”⁸⁶.

La idea de que la lectura es el método que tienen las mujeres para complementar su deficiente educación se aprecia en otra columna de *El Eco*, donde se comparte la creencia de que muchas mujeres no realizan lecturas provechosas, así:

⁸⁵ Verónica. «La lectura.» *El Eco de La Liga de damas chilenas*, 13 de Octubre de 1912. p. 1

⁸⁶ *El Eco* ... «Instrucción religiosa de la mujer.» 15 de Noviembre de 1913, p. 1

“sí hay muchas mujeres que leen, cuando pocas son las que saben leer, es decir, que leen con provecho para instruirse y no únicamente para matar el tiempo, distraer sus ocios y llenas su imaginación de ideas falsas, vanas y sensuales”⁸⁷.

Familia comulga con el diagnóstico, aunque responsabilizando a la falta de educación femenina de que no pudieran acceder a lecturas consideradas provechosas. Relatando una de sus lectoras que al encontrarse “cansada de novelas y, por falta de preparación, *incapaz de leer con interés y provecho libros de más sustancia*, preguntaba una señora: ¿Qué haré? Ya llega el invierno”⁸⁸.

Con lo detallado anteriormente, podemos sostener que a la lectura se le otorgaba la categoría de alimento espiritual, lo que hacía importante considerar qué se leía y surgieron ciertas especificaciones entre las que destacaban tener cuidado con los niños y las mujeres, por ser considerados seres vulnerables a sufrir alteraciones espirituales e intelectuales.

Por tanto, el principal centro del debate no era, sobre si leer o no, se debía principalmente a elegir entre leer aquello útil y provechoso, es decir, que cumpliera un rol instructivo tanto intelectual como moralmente, por sobre aquello recreacional que podría provocar efectos adversos.

Ambas editoriales le otorgan una noción de utilidad a la lectura, a pesar de que la revista de editorial católica hace alusión a leer de forma juiciosa sobre temáticas cristianas y la *Revista Familia* llama a la mujer a completar su instrucción mediante ésta, ambas rechazan la lectura por placer de aquellas vanidades mundanas.

C. Sobre vanidades mundanas, lujos y amores elegantes: las buenas y malas lecturas.

En nuestro apartado anterior analizamos las diversas representaciones que se le otorgaban a la lectura. Tomando la propuesta de Chartier⁸⁹, comprendemos que el temor a dichos libros no se da en tanto objeto sino que debido a la lectura, que no está previamente inscrita en el texto. Es un sentido que se le asigna, en este caso, por la crítica a través de las revistas revisadas.

⁸⁷ *El Eco de la Liga de las damas chilenas*. «¿Qué debemos leer?» 15 de Febrero de 1913, p.1

⁸⁸ *Familia*. «¿Qué leeremos? ¿Qué haremos?» Abril de 1913, p. 1

⁸⁹ Cavallo y Chartier, 2001, Óp. Cit. p. 15

La lectura que se recomendaba debía ser provechosa pues “hemos de tener horror por lo mediocre, lo vulgar y lo ordinario”⁹⁰ y por consiguiente, contraria a su utilización como actividad de esparcimiento.

1. Efectos de los libros

Hemos mencionado en varias ocasiones los efectos que provocarían las malas lecturas, en especial las novelas. Para hacer más grata y entendible esta lectura los detallaremos a continuación.

El primero se relaciona con el daño que podía provocar la mala lectura a la formación intelectual y física de los lectores, al no estar preparados para ellas. Dicha disminución intelectual podía afectar la devoción, tal como lo propone el doctor Stall, “no he conocido un sólo joven a quien la afición a las novelas no haya quebrantado su fuerza intelectual y su resistencia moral”⁹¹. A las denominadas malas lecturas también se le atribuían un impacto espiritual y emocional, debido a que “no se proponen otra cosa que despertar los bajos instintos y la sensualidad del lector”⁹².

Los efectos de orden espiritual, emocional e intelectual, muchas veces se entrelazaban en los de carácter psicológico, especialmente el denominado *bovarismo*⁹³. Dicho término fue tomado del personaje de la novela *Madame Bovary* de Gustave Flaubert y se refiere al constante hastío, decepción e insatisfacción emocional que vivía una persona por las expectativas provocadas por la lectura. Generando una confusión entre la fantasía y la realidad y/o un estado de ensoñación.

El miedo al bovarismo salió de la ficción y se convirtió en real. Se temía singularmente por las mujeres, lo que llevó a una desesperada madre a pedir ayuda a la revista *Familia*. Sus hijas tras leer ciertas novelas obtenían un efecto desastroso “pues las tres niñas empiezan á perder el juicio. Todo su hablar es de vanidades mundanas, de lujo, de sport y de amores elegantes. Pierden poco a poco la devoción”⁹⁴.

⁹⁰ *El Eco de la Liga de las damas chilenas*. «¿Qué debemos leer?», 15 de Febrero de 1913, p. 1

⁹¹ Stall, Dr. «Lecturas inconvenientes: La palabra de una eminencia médica.» *El Eco de la Liga de las damas chilenas*, 1 de Enero de 1913, p.3

⁹² Ídem.

⁹³ Galimberti, Umberto. *Diccionario de Psicología*. México: Siglo XXI, 2002, p. 154

⁹⁴ Emeth, Omer. «Lecturas Femeninas.» *Familia*, Febrero de 1910, p.1

En este tipo de testimonios podemos apreciar una tensión aún existente entre lo que se define como una sociedad caracterizada por lo mundano (de estar en el mundo) en oposición a los valores tradicionales que en teoría habían quedado olvidados. Se sostiene que durante la *belle époque*, "en los círculos dirigentes primó un modelo social de refinamiento exterior y lujo, de frivolidad, hedonismo y ostentación mundana, todo ello en desmedro de los principios de antaño"⁹⁵. Nos parece importante recalcar este caso donde se aprecia una tensión entre supuestos estilos de vidas ya superados.

Notamos un grupo de la elite que aún estaba preocupada de lo espiritual y era contraria a los modelos de socialización extranjeros propios de la modernidad. Esto nos lleva a postular que el proceso cultural de la *belle époque* chilena no estaba construido ni estático, sino que en constante cambio y lleno de tensiones.

2. Los buenos y malos libros

Como se ha abordado en nuestro trabajo la lectura era recomendada, la controversia radicaba en la elección de los libros, encontrándose los buenos que eran definidos como "luz, fuente de sanos pensamientos y consuelos" mientras que "el libro malo es heraldo de perdición"⁹⁶. Procederemos a caracterizarlos tanto en su contenido como desde una perspectiva histórica.

Los libros catalogados como buenos dependen según la fuente revisada. *El Eco* fiel a su editorial católica, comprende a la fe como "la más importante y más necesaria de las ciencias, los libros más importantes serán aquellos que conducen a la fe"⁹⁷. La lectura base debía ser la Biblia que contaba con un lenguaje que requería un cierto nivel de erudición, por lo que se recomendaba leerla "admirando las sublimes grandezas que en él se describen y no extrañándonos de lo que haya incomprendible para nosotros, ni su lenguaje"⁹⁸. Debido a esto, aconsejaba estudiar la religión leyendo el Catecismo y libros religiosos como El Evangelio y la Imitación de Cristo, "obras de belleza eterna, de verdad, de sabiduría severa, las únicas que se buscan en las horas de pena"⁹⁹. La importancia de dichos textos radicaba en que a diferencia de la Biblia, usaban un lenguaje sencillo.

⁹⁵ Subercaseaux, 2011, Óp. Cit. p. 303.

⁹⁶ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «La Mujer y el libro.» 1 de Diciembre de 1913, p. 4

⁹⁷ *El Eco de la Liga de las damas chilenas*. «¿Qué debemos leer?.» 15 de Febrero de 1913, p.1

⁹⁸ Ídem.

⁹⁹ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «La Mujer y el libro.» 1 de Diciembre de 1913, p. 4

Junto a los textos religiosos se aconsejaba los tratados de economía doméstica e higiene, pequeños diccionarios o enciclopedias, historia del arte y de la Iglesia, tratados de educación “para fortificar el espíritu, y el formar y educar bien a los hijos”¹⁰⁰. En otra publicación, se apoyaba la lectura de autores clásicos, poetas y “de los modernos sólo aquellos muy conocidos, que pueblan el espíritu de ideas nobles y serenas; que elevan el alma y nos hacen olvidar las miserias de la vida”¹⁰¹.

El Eco justificaba su selección de lecturas, bajo el supuesto de que “no debemos ocupar nuestra imaginación más que en cosas que nos ennoblezcan y nos mejoren”¹⁰². Haciendo hincapié en que las novelas leídas por esparcimiento “nos van matando a nosotras, acabando con todo lo que hay de serio, de noble y de elevado en nuestros gustos, y dando muerte por decirlo así a nuestra vida intelectual y espiritual”¹⁰³. Relacionando este punto con nuestro análisis de los efectos de la lectura, notamos que aquí la relación cuerpo-alma se hace más presente, pues al leer una *mala* lectura, incluso podría llevar a afectar el desarrollo de una persona.

Los libros malos que según *El Eco* “no se pueden leer sin decaer íntimamente”¹⁰⁴ desarrollaron un fuerte rechazo por parte de la Iglesia Católica, que catalogaba los libros como perniciosos para la fe a través del *Index librorum prohibitorum* que se comenzó a publicar en 1564 y se continuaba produciendo durante el período estudiado. En países como Francia, entre los años 1817 y 1830 se motivó a los fieles a desarrollar una campaña contra las malas lecturas que incluyó quema de libros¹⁰⁵. No obstante, también surgió otra propuesta que no buscaba destruir los libros malos sino que producir y promover los buenos¹⁰⁶.

El historiador Martyn Lyons postula que para el caso francés se produjo este interés del catolicismo por controlar la vida cultural debido a que la Iglesia estaba luchando contra el establecimiento del republicanismo secular¹⁰⁷, adelantándonos en nuestro análisis, podemos intuir que la *Liga* forma parte de este mismo movimiento de anti-liberalismo religioso.

¹⁰⁰ Ídem.

¹⁰¹ Ídem.

¹⁰² *El Eco de la Liga de las damas chilenas*. «¿Qué debemos leer?» 15 de Febrero de 1913, p.1

¹⁰³ Ídem

¹⁰⁴ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «La Mujer y el libro.» 1 de Diciembre de 1913, p. 4

¹⁰⁵ Lyons, Martyn. 2001, Óp. Cit. p. 11

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 22

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 13

Con respecto a los libros malos, en ambas revistas los principales señalados son los naturalistas franceses. En el caso de la madre que aseguraba que sus hijas comenzaban a perder el juicio, sostiene que si bien ha logrado alejar a sus hijas de lo que denomina “las inmundicias de Zolá” y de sus imitadores españoles, “resulta que otros novelistas, particularmente los franceses, son quizás más peligrosos que los solistas. Ahí tiene usted a Marcel Prévost, por ejemplo, y á Bouget”¹⁰⁸.

La manía por la novela francesa, llevó a que Nicolás Palacios en su *Raza chilena*, sostenga como prueba de la degeneración de la sociedad “la invasión de novelas inmorales sin más mérito que su impudicia descarada”¹⁰⁹. De ahí el llamado desesperado de aquella madre a Omer Emeth: “Si usted no interviene, mañana mis pobres hijas leerán á Zola, á Blasco Ibáñez ó á Trigo (de quiénes me da mi confesor muy malas noticias) y entonces se acabará el mundo...”¹¹⁰.

El Eco por su parte, recogió noticias sobre intentos de censura de otros lugares del mundo. Aludiendo a que en Londres “la policía ha pedido del público secuestró de una librería un stok de volúmenes de Balzac”, situación que llegó a la Justicia, ordenando la destrucción de los volúmenes, para lo que *El Eco* agregó: “Y se encuentra que nosotros somos demasiado severos para Balzac!”¹¹¹.

A diferencia de las publicaciones de la Liga, en la Revista *Familia* se presenta una apertura a las lecturas, es por eso que existe una mayor variedad de los denominados buenos libros, añaden exponentes de la literatura inglesa como Walter Scott y Dickens entre los que ya estaban muertos y Mrs. Humphury Ward, Kipling y Wells entre los vivos, para Omer Emeth, crítico literario “puede decirse en alabanza de la novela inglesa (y de ella sola), que nunca sonrojó á mujer alguna, por delicada que fuera”¹¹², para dicho autor se trabaja de leer autores “conocidos como moralmente irreprochables” entre los que agrega al francés René Bazin.

¹⁰⁸ Ídem.

¹⁰⁹ Palacios, Nicolás. *Raza chilena: libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Santiago: Universitaria, 1918, p. 321

¹¹⁰ Emeth, Omer. «Lecturas Femeninas.» *Familia*, Febrero de 1910, p. 1

¹¹¹ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «Contra la lectura malsana.», 1 de Marzo de 1913, p. 1

¹¹² Emeth, Omer. «Lecturas Femeninas.» *Familia*, Febrero de 1910, p. 1

a) El Realismo y Naturalismo

En un comienzo podría parecernos extraño encontrar reparos hacia Balzac, quien fue el inspirador de Blest Gana para la creación de la novela nacional chilena. El Realismo surgió como la literatura de la burguesía europea, por la cual se daba legitimidad. Sin embargo, Balzac fue criticado por los conservadores franceses por ser *demasiado real* en la descripción de la sociedad, pues su obra no se basa en personajes individuales sino que más bien en mundos completos: “el mundo de los usureros y de las cortesanías, el de los personajes de salón y los artistas, el de los comerciantes y especuladores, el de los campesinos y la vida provinciana”¹¹³.

El escritor realista abogaba por una historia de las costumbres donde asumió el rol de secretario, mientras que la sociedad el de historiador. La literatura existente hasta el momento no describía las prácticas y costumbres de la sociedad burguesa, pues antes de la Revolución Francesa existía otro régimen social. Balzac buscaba realizar “sobre la Francia del siglo XIX, ese libro que todos echamos de menos, que Roma, Atenas, Tiro, Menfis, Persia o la India no nos han dejado sobre su civilización”¹¹⁴.

El arte y literatura realista fueron catalogados como inmoral y faltos de ética durante el Segundo Imperio Francés. La novela nacional chilena adquirió del realismo el interés de describir diversos mundos pero intentaron moralizarlo. Blest Gana señaló que “el deber del novelista en este caso [pintar la sociedad como realmente es] no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral”¹¹⁵.

Por su parte, hemos notado que a pesar de alguna que otra referencia al Realismo, los principales libros catalogados malos o dañinos, pertenecen a la escuela naturista y en especial, a Zolá. Dicho autor pretendía a través de sus personajes hacer un experimento social sobre cómo el ambiente moldeaba a los individuos sin la intervención del escritor. Se basaba en el método científico, el darwinismo social y el materialismo, en el sentido de que los personajes/individuos no debían responder a lo espiritual. Si bien, intentaba cubrir a los mayores grupos sociales posibles, se centraba en los sectores populares, imitando incluso su lenguaje, de ahí que

¹¹³ Gerhardi, Gerhard. “Realismo y naturalismo en Francia”. En: *Historia de la Literatura Akal. Volumen V: La edad burguesa 1830-1914*. Madrid: Ediciones Akal, 1993, p. 207

¹¹⁴ Balzac, Honoré de. «Prólogo.» En *La Comedia Humana*, de Honoré de Balzac. Madrid: Hermida Editores, 2014, p. 18

¹¹⁵ Gerhardi, 1993, Óp. Cit. p. 125

“la revelación sin compromisos por parte de Zola de lacras sociales como el alcoholismo y la promiscuidad en *La taberna*, o la violencia y el ansia de venganza de los mineros en *Germinal*, conseguía el aplauso de sus compañeros de lucha socialistas, aunque a menudo se tuviera que defender del reproche de haber representado al pueblo como un montón de borrachos y salvajes”¹¹⁶.

Con respecto a ambos géneros descritos anteriormente, podemos señalar que al tener ambos énfasis en la realidad, describir problemas sociales, pasiones y mayor libertad del lenguaje, generaron angustia (y volviendo a la metáfora) por ser un mal alimento, que no cumplía con su rol nutricional. Al contrario, no solo podría generar efectos psicológicos, sino que también rompía la inocencia de las mujeres, entendida como la ignorancia de lo mundano y la cual era una característica de su pureza¹¹⁷. El rechazo al realismo y principalmente al naturalismo proviene, por ende, de la forma de abordar la sociedad moderna.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 221

¹¹⁷ Vicuña, 2010, *Óp. Cit.* p. 109

CAPÍTULO III

Sobre lectoras

Housewife, Beauty Queen, Homewrecker, Idle Teen
–*The Archetypes, Marina & the diamonds*

En nuestra revisión de la representación de la lectura en revistas femeninas de la belle époque encontramos que existía un miedo a la novela y los denominados libros malos. Las principales ansiedades se focalizaban en torno a niños, jóvenes y mujeres. En búsqueda de por qué se ponía especial interés en la mujer, encontramos varias concepciones de la época, desde las que tenían un componente biológico hasta las que relacionaban la literatura sentimental con lo femenino, al punto de sostener que “un libro de romance, ficción sensacionalista o ficción sentimental pueden despertar los impulsos sexuales de una mujer, drenar sus energías vitales, dañar su salud mental y reproductiva, divorciar su atención de sus deberes maternos y domésticos”¹¹⁸.

El extracto anterior solo es una de las evidencias que se han presentado sobre lo que se esperaba fuera el *deber ser* de la mujer, relacionado con el hogar y la maternidad. En *Images of the Woman Reader*, Golden postula que el concepto del hogar como un refugio de la mujer donde cría a los hijos y cuida la familia, surgió de la división del hogar y la producción¹¹⁹. La doctrina de las esferas separadas permaneció atrincherada en gran parte de las sociedades de finales del siglo XIX, inclusive en lugares donde la industrialización se instaló rápidamente como en Inglaterra. Esta retórica hacía a las mujeres ‘reinas’ de sus respectivas casas.

En sincronía con aquello es que en la revista *Familia*, se define a la mujer como aquella que “debe ser la que solucione toda dificultad, la que consuele, la que sostenga y aliente el hogar propio o ajeno”¹²⁰. La relación de la mujer con el hogar se encuentra en la mayoría de las columnas revisadas y según era la función que cumplía la mujer eran las

¹¹⁸ J. Golden, 2003, Óp. Cit. p. 22

¹¹⁹ J. Golden, 2003, Óp. Cit. p. 30

¹²⁰ *Familia*. «¿La vida de la mujer debe ser util.», Febrero de 1912, p. 1

ansiedades y consejos. Esto nos ha llevado a dividir el apartado en cada uno de los roles que se le otorgaban dentro del hogar: hija (niña), esposa y madre.

1. Hija

La hija o niña era la figura de principal preocupación en las revistas revisadas, pues se encontraba doblemente expuesta: por ser joven y mujer. Se sostenía que las niñas debían ser inocentes y preocupadas del prójimo, pero que “no se puede negar tampoco el poder del valor intelectual”¹²¹. Evidenciando una vez más el debate entre la lectura por aprendizaje en contraposición al ocio.

La niña debía leer para cultivarse, ya que el estudio “desarrolla el juicio y favorece la formación del criterio”¹²². Así podría ayudar en sus estudios a sus hermanos y en casos particulares, conversar temas importantes con su padre, según *Familia*, con esto “ganará particular estima, se le tomará más a lo serio sus reflexiones, sus ideas, sus consejos. Por otra parte, su fe religiosa mejor sostenida, será más arrastradora y comunicativa”¹²³.

La lectura le daría una validación a sus comentarios y a su fe. No obstante, se pretendía que la niña lo hiciera con alegría, sencillez y ternura. Lo anteriormente señalado se percibe en la ilustración de la revista *Familia*, denominada *La bella lectora* (**imagen 3**), compuesta de una joven leyendo de forma serena, acompañada de libros y rosas. Existiendo, tal como su título lo recalca, una relación entre la belleza y la lectura estudiosa de la niña, reforzando el postulado de que su papel dentro de la familia era “procurar alegría, atraer la paz, dar a conocer la verdad, servirse del espíritu y de su tiempo uniéndolo al respeto de las tradiciones, inspirar el gusto por lo grande y el atractivo por el deber”¹²⁴.

¹²¹ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «La influencia de las niñas.», 1 de Julio de 1913, p. 2

¹²² Ídem.

¹²³ Ídem.

¹²⁴ Ídem.

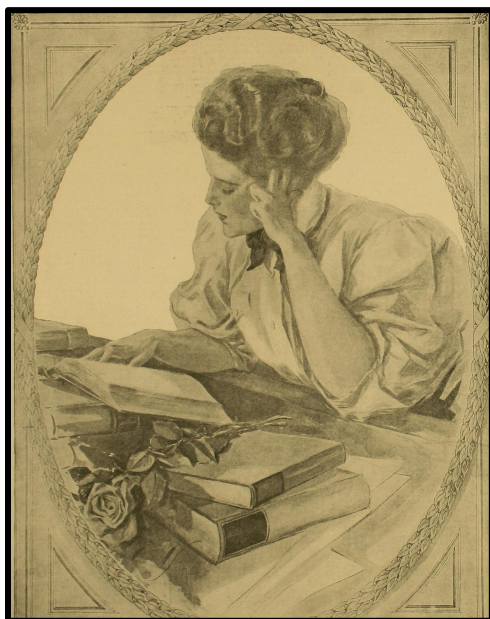


Imagen 3: *La bella lectora. Familia, Enero de 1910, p. 10*

No obstante, a veces sucedía que la niña en vez estar pendiente de la lectura para lo anteriormente señalado, leía por placer y descuidaba su labor de armonía y ayuda al prójimo. Lo que era juzgado, así una columnista recuerda que

“cuando era pequeñita me obligaban a hacer un corto examen de conciencia cada vez que temblado iba a confesarme, aplicándome muy sinceramente a buscar todas mis faltas. ¡Oh! Los hechos no faltaban... Caramelos robados, *libros hojeados a escondidas*, mentirillas, grandes cóleras”¹²⁵.

A veces este examen de conciencia no era realizado por la niña y se podían desencadenar problemas aún mayores. En *Revista Familia* encontramos un breve cuento sobre una niña que vive su vida desde la imaginación y el hastío, es engreída y lee novelas.

¹²⁵ Tinayre, Marcelle. «Conócete a ti misma.» *Familia*, Noviembre de 1914, p. 10

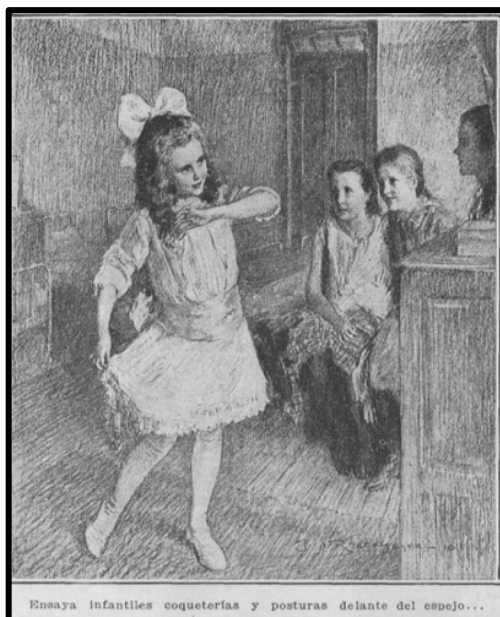


Imagen 4: *La fuente de los alfileres. Familia, Enero de 1918, p. 14*

Como se aprecia en la **imagen 4**, Aminta es representada como una niña que “ensaya infantiles coqueterías”, haciendo alusión a su característica de superficial y vanidosa. Esto no era deseado en una niña, por lo que el cuento sufre un giro cuando la niña se encuentra con unas hadas que atribuyen su hastío y superficialidad a su condición de lectora de novelas. Le aconsejan que sea su madre quien escoja sus libros y la realización de otras actividades manuales como tocar instrumentos, bordar y coser.

La niña reflexiona que dedicar menos tiempo a la lectura y a la imaginación, la llevaría a entretenerse en ocupaciones “sanas y gratas, que habrían de alejarme de las horas en las cuales pensaba yo en cosas inútiles dejando vagar mi imaginación por campos estériles”¹²⁶. Según lo analizado en el apartado de los efectos de la lectura, se temía efectos como el disgusto y aburrimiento, lo que iba en contra de lo que se esperaba de la mujer y principalmente de la niña.

Al seguir estos consejos, Aminta cambia y se vuelve una persona feliz. Al final de la historia la apreciamos “cantando alegremente [mientras] teje y teje una prenda de ropa destinada a un pobre, bajo la lámpara de una mesa en torno de la cual su padre sonrío y su madre se enterneció, contemplándola”¹²⁷. En su transformación se observan los principales aspectos que hasta ahora hemos analizado, por un lado la lectura poco provechosa que

¹²⁶ Daunie, Ana. «La fuente de los alfileres, cuento de hadas para jóvenes.» *Familia*, Enero de 1918, p. 14

¹²⁷ Ídem.

provoca resultados indeseables y por otro lado, la preocupación por el hogar o el prójimo como rol de lo femenino (el hecho de que ahora se dedique a tejer para los huérfanos).

2. Esposa

El otro rol analizado es el de esposa, aquí también se hacía la división entre la lectura provechosa pues podía “despejar en muchas esposas el caos de sus conceptos sobre la vida conyugal”¹²⁸ pero por otro lado, si era un libro que abordaba temas como la insatisfacción matrimonial, podía ser leído con cuidado por mujeres con años de matrimonio pero no era recomendado para las solteras y recién casadas porque “puede destruir múltiples esperanzas en las almas que tienen derecho todavía a las dulzuras de la ilusión”¹²⁹.

En concordancia con lo anterior se encuentra la sección denominada ‘*Consejos a una novia*’ de la primera edición de la Revista *Familia*. La columna realiza recomendaciones para tener un matrimonio feliz y se acompaña de varias ilustraciones como la prueba del vestido, la novia llegando al altar y una de la mujer ya casada leyendo de forma relajada en un diván (**imagen 5**), donde se aprecia una lectura sin estudio y desordenada.



Imagen 5: *Consejos a una novia. Familia, Enero de 1910, p. 7*

Junto a la opinión de la autora, se insertan los 10 mandamientos para el matrimonio de la Reina de Rumania. Destacando el número 6, que sostiene “lee todo el diario, no sólo la crónica social y el material de lectura espeluznante o escandalosa. Tu marido sentirá un

¹²⁸ Labarca, Amanda. «La hora de los libros: La esposa de Sir Isaac Harman.» *Familia*, Mayo de 1915, p. 4

¹²⁹ Ídem.

verdadero gusto de poder comentar contigo los asuntos del día y aún hasta de política”¹³⁰. La lectura por placer, no era un apoyo para el matrimonio. A la inversa, podría ser causante de discordia y poca comunicación.

Tanto en la ilustración como la columna revisadas se amparan en uno de los principales preceptos de la educación femenina, pues esta fue concebida como el componente esencial de “una domesticidad basada en el matrimonio de compañerismo”¹³¹ y de la imagen de una familia nuclear en torno al niño, lo que según el historiador Manuel Vicuña era “indispensable del bienestar tanto material como emocional de las familias patricias”¹³².

3. Madre

En este rol existe una doble relación con la lectura. En primer lugar, existía la preocupación de que la mujer-lectora podía descuidar a sus hijos. En columnas relacionadas con el cuidado de los bebés, se menciona que las mujeres

"salen del colegio, se les hace perfeccionar la música, el baile, labores de mano, leen algunas novelas por lo general perjudiciales (...) ni siquiera han prestado atención a aquella sólida cultura intelectual que, obtenida, la hubiera preparado para aceptar esas responsabilidades”¹³³.

La función materna fue definida como criar el cuerpo y alma de los niños¹³⁴ y tal como se evidencia en la cita del apartado, la lectura por ocio podría influenciar en no tener una preparación adecuada para realizarlo. Se esperaba que la mujer tuviera una formación intelectual que le permitiera el cuidado de la familia y es aquí donde se retomó a Dupanloup, el clérigo francés citado anteriormente, quien postuló que en vez de hacer que las mujeres rechazaran la domesticidad y decidieran escapar del aburrimiento a través de la lectura, estudiar era importante para instalar la necesidad del cuidado del esposo, los hijos y los pobres. Martyn Lyons denomina esto un intento de bovarismo en reversa, pues la lectura era utilizada para persuadir a las mujeres a aceptar su destino en el hogar en vez de buscar la satisfacción en otra parte.

¹³⁰ *Familia*. «¿Consejos a una novia.» Enero de 1910, p. 7

¹³¹ Vicuña, 2010, Óp. Cit. p. 109

¹³² Ídem.

¹³³ *Familia*. «Educación de los niños.» Enero de 1913, p. 36

¹³⁴ *Familia*. «La hora de los libros.» Diciembre de 1916, p. 6

a) De vírgenes a intelectuales

El Eco en concordancia con su editorial, relacionó el rol de madre con la imagen de la Virgen María. Para lo cual acudieron a las obras artísticas, argumentando que los “antiguos pintores representaban a la Virgen leyendo cuando recibió la visita del Arcángel”¹³⁵. Al decidir investigar algunas de aquellas representaciones, encontramos el análisis que hace Stefan Bollmann, del retablo de la Anunciación de Simone Martini (**imagen 6**), el autor se centra en el libro rojo de la mano izquierda, lo comprende como un símbolo de sabiduría y de que “María es una mujer inteligente, que domina un arte practicado por las mujeres ilustradas del medioevo tardío; el de la lectura silenciosa, que permite apropiarse de saber y conocimientos”¹³⁶.



Imagen 6: Anunciación. Simone Martini, 1333. Galería Uffizi, Florencia, Italia.

La figura de María en este tipo de representaciones se relaciona con lo propuesto por *El Eco*, una mujer ilustrada en la fe y maternidad. Para dicha publicación, la lectura femenina como método de estudio, era “un preservativo contra el ocio tentador”¹³⁷ y una garantía de espiritualidad y buen desempeño de su rol materno.

Por su parte, la revista *Familia* un poco más alejados de la representación cristiana, acuden a figuras como Inés Echeverría (Iris) conocida escritora y activista de los derechos de la mujer. En una entrevista realizada por la publicación, se hace alusión a su prominente actividad intelectual pero se pone en relieve que a pesar de ser una mujer connotada de la

¹³⁵ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «Más instrucción para la mujer.», 15 de Febrero de 1914, p. 1

¹³⁶ Bollmann, Stefan. *Las mujeres que leen son peligrosas*. Madrid: Maeva, 2006, p. 41

¹³⁷ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «Más instrucción para la mujer.», 15 de Febrero de 1914, p. 1

escena literaria nacional, ella no descuida su rol de madre. En su sesión de fotos es acompañada de un libro y de su hija donde al pie se puede leer: “Iris, como mujer de talento, es madre ante todo”.



Imagen 7: *Iris. Familia, Julio de 1918, p. 9*

b) La primera maestra

La relación con la crianza hacía creer que las mujeres ejercían un papel más fuerte que cualquier otro a la hora de establecer hábitos de lectura en el futuro, “en ellas recae una gran responsabilidad, ya que, como es bien sabido, son los primeros maestros de la infancia”¹³⁸. La madre debía enseñarle a sus hijos *qué leer, cómo leer*, para lo cual ella debía hacerlo y así educar y orientar en la elección de libros. Pudiendo hacer que sus hijos (y especialmente las niñas) leyeran buenas lecturas pero también podían heredar el gusto por lecturas poco provechosas.

¹³⁸ Flint, 2011, *Theory*, Óp. Cit. p. 28



Imagen 8: Portada Familia, Agosto de 1912

A diferencia de otras sociedades estudiadas a través de la bibliografía, donde se vincula al padre con la enseñanza y selección de la lectura, en nuestras fuentes las referencias son hacia las madres, tal como se observa en la **imagen 8**, era ella quien de forma paciente debía leer junto al niño. Por tanto, no había reparo en responsabilizarla por los frutos de su trabajo. En la columna ya citada varias veces, Omer Emeth responde a la madre preocupada porque las niñas ‘pierden el juicio’, mencionando que “si sus hijas de usted aborrecen ó ignoran toda lectura seria y sustancial, á su madre se lo deben, en primer lugar, por haber sido ella quien eligió sus maestros y, después, por no haber elegido con severo cuidado sus primeras lecturas”¹³⁹.

La madre era quien debía elegir la lectura de los pequeños pero también, debían estar al tanto de que leían las jóvenes, para lo que se aconsejaba “dedicarse a probar los manjares intelectuales de sus hijas. Pero este es su derecho y su deber”¹⁴⁰.

A pesar de que se recomendaba que leyera, debía hacerlo en tiempos donde ella realizaba actividades de ocio, en esta misma idea de productividad versus esparcimiento. Para leer de forma diaria se recomendaba buscar “algunos ratos robados al espejo, o a la

¹³⁹ Emeth, Omer. «Lecturas Femeninas.» *Familia*, Febrero de 1910, p.1

¹⁴⁰ Ídem.

modista, a las conversaciones vacías o a la dulce pereza, y ya está completa una hora, para consagrarla con fervor a un buen libro; y sin que sufran las atenciones a la familia!”¹⁴¹.

c) Censores informales: La mirada masculina

En la búsqueda de cumplir esta ardua tarea, encontramos varias madres consultando a dichas publicaciones sobre cuál título evitar. Se recomendaba que si la mujer no conocía un autor no debía leerlo por ningún motivo, “como si se tratara de una persona extraña a quien deseara admitir en su intimidad”¹⁴².

Frente a la tarea de elegir cuáles libros permitir en el hogar, la mujer debía pedir ayuda a distintas autoridades, principalmente masculinas. Aparte de los mencionados críticos literarios se hacía hincapié en los esposos, quienes eran los encargados de aprobar o no ciertas lecturas¹⁴³. Si este no era capaz de conocer el *valor* de una obra, se debía de recurrir a los sacerdotes. No importando la editorial que se tuviera, se aconsejaba la ayuda religiosa para la elección de lecturas, en *Familia* encontramos que se recomienda “tener un confesor ilustrado para que la dirija en sus lecturas”¹⁴⁴, mientras que en *La Cruzada* “hay obligación, en general, de consultar a los directores de conciencia acerca de las lecturas”¹⁴⁵. Aquí es cuando Martyn Lyons¹⁴⁶ propone que durante la lectura oralizada era la figura familiar masculina la que leía y decidía que omitir; ahora durante la lectura silenciosa y privada siguió existiendo una relación de control de la lectura femenina, relacionado con figuras de autoridad masculina que tenían el poder de seleccionar lo que las mujeres debían leer.

¹⁴¹ *El Eco de la Liga de damas chilenas*. «La mujer y el libro.», 1 de Febrero de 1912, p. 4

¹⁴² Ídem.

¹⁴³ Ídem.

¹⁴⁴ *Familia*. «Correspondencia.» Junio de 1917, p. 41

¹⁴⁵ *La Cruzada*. «Doctrinas y lecturas.» 15 de Julio de 1916, p. 5

¹⁴⁶ Lyons, Martyn. 2001, Óp. Cit. p. 86

CONSIDERACIONES FINALES

Embarcarse en un estudio a través de la representación de la mujer lectora, no solo fue movilizar ansiedades relacionadas con la Historia de las mujeres, sino que también y aún más arriesgado, (al menos pretender) comprender la significancia otorgada a la lectura durante un período de tiempo que por sí mismo presenta contradicciones y tensiones culturales.

Sin haber realizado el trabajo documental sobre la lectura, para comprenderla en tanto símbolo y práctica, no se podría abordar a cabalidad las categorías entregadas a las lectoras ni las razones de los constantes intentos de racionalización de su lectura.

La lectura entendida como alimentación del intelecto y espíritu, se manifiesta a través de los efectos que se le eran otorgados y la recomendación o censura de ciertos géneros literarios. Lo que comprobó nuestra hipótesis de que el rol otorgado a la lectura, era lo que condicionaba el debate. No obstante, quedamos cortos al tratar de explicar el efecto modelador, pues existían connotaciones otorgadas, capaz de corromper o de redimir según su uso. Los postulados de buenos y malos libros, así como en las recomendaciones de cuándo, cómo y por qué leer, evidencian un problema más complejo de lo que pensamos en un comienzo.

Otro de nuestros postulados que se demostró en la investigación, fue que a pesar de los intentos liberales del siglo XIX y de la formulación de una novela nacional, se continuó relacionando a la lectura de novelas con lo femenino. Sin embargo, la explicación que le dimos no estaba completa. El imaginario en torno a la lectura de novelas, se relacionaba con una lectura desordenada y por ocio, contrario a lo que debía ser provechoso. Por tanto, esta relación era más compleja que la creencia de que la mujer era más sensible, sino que se encauzaba en ansiedades relacionadas con el miedo a que adquiriera conocimientos mundanos, el desarrollo de expectativas diferentes a las esperadas, una evidencia de la desventaja de la educación femenina y a críticas que apuntaban a la mujer como vanidosa y de intereses efímeros. El énfasis de las columnas no radicaba en una prohibición de la lectura, sino que más bien en un intento de encauzarla a algo más provechoso y acorde al rol social y culturalmente otorgado: ser una buena esposa y madre.

De ahí que nuestra expectativa de encontrar grandes diferencias entre las líneas editoriales, no se cumpliera. Si bien, en *Familia* se aprecia una mayor apertura en los autores recomendados y un intento, en especial por parte de Amanda Labarca, de incentivar la participación pública de la mujer, ambas editoriales comparten las mismas nociones sobre el

deber ser de la mujer en el hogar y la sociedad, dirigiendo ahí todas sus recomendaciones.

Cuando ingresamos en esta área de estudio tampoco intuimos lo compleja desde un punto social y cultural que es la *belle époque* chilena, se tendía a ver como un período sólido de la élite, donde ya se había instalado en el poder político, social y económico pero no por eso, se había definido a sí misma. Existe una tensión latente entre la *Liga* más reacia a la secularización y a la importación de un estilo de vida moderno europeo, en contraposición, a *El Eco* que buscó conjugar ambos modelos.

Este estudio puede considerarse un primer paso en una temática poco abordada en la historiografía nacional. Ahora que se tiene mayor claridad de los efectos otorgados a la lectura, se puede recurrir a diversas fuentes que sirvan de contraste entre aquellas opiniones y lo que pensaban los propios lectores, a través de cartas o diarios de vida. Por su parte, también se podría recurrir a trabajo de bibliotecas personales, para ver qué otros temas leían las mujeres y así intentar analizar hasta qué punto existía este profundo interés en la novela, aunque lo constante de la preocupación y la gran cantidad de publicaciones dedicadas en la prensa, es de por sí reveladora.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE ARCHIVO

a) Revista Familia

- «¿Consejos a una novia.», Enero de 1910
- «¿La vida de la mujer debe ser útil.», Febrero de 1912
- «Correspondencia: Una señora campesina.» Marzo de 1913
- «Correspondencia.» Junio de 1917
- «Diario de una niña.» Marzo de 1910
- «Editorial.» Enero de 1910
- «Educación de los niños.» Enero de 1913
- «La hora de los libros.» Diciembre de 1916
- «La hora de los libros.» Noviembre de 1914
- «La Liga de Damas Chilenas de Viña del Mar.» Junio de 1914
- «Los círculos de lectura.» Enero de 1910
- «Nombres y realidades.» Julio de 1913
- «Para empastar libros en la casa.» Febrero de 1911
- «Para las casas de campo.» Julio de 1913
- «Para ser elegante.» Mayo de 1911
- Cecile Sorel. «El arte de estar en casa.» Abril de 1914
- Daunie, Ana. «La fuente de los alfileres, cuento de hadas para jóvenes.» Enero de 1918
- Emeth, Omer. «Lecturas Femeninas.» Febrero de 1910
- Labarca, Amanda. «La hora de los libros: La esposa de Sir Isaac Harman.» Mayo de 1915
- Tinayre, Marcelle. «Conócete a ti misma.» Noviembre de 1914

b) El Eco

- «¿Qué debemos leer?.» 15 de Febrero de 1913
- «Contra la lectura malsana.», 1 de Marzo de 1913
- «Instrucción religiosa de la mujer.» 15 de Noviembre de 1913
- «La influencia de las niñas.», 1 de Julio de 1913
- «La Mujer y el libro.», 1 de Diciembre de 1913
- «Más instrucción para la mujer.», 15 de Febrero de 1914
- Stall, Dr. «Lecturas inconvenientes: La palabra de una eminencia médica.» 1 de Enero de 1913
- Verónica. «La lectura.» 13 de Octubre de 1912

c) La Cruzada

- «Doctrinas y lecturas.» 15 de Julio de 1916

- «El arte de la lectura.» 1 de Julio de 1916

ARTÍCULOS DE REVISTAS ACADÉMICAS

- Arcos, Carol. «Novelas-folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile.» *Revista Chilena de Literatura*, no. 76, Santiago, 2010
- Gil, Cristina. «La mujer lectora en la “prensa femenina” del siglo XIX. Estudio comparativo entre Biblioteca de Señoritas (1858–1859) y La Mujer (1878-1881).» *Revista Historia y Memoria*, no. 13, Tunja, 2016

ARTÍCULOS Y DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS

- Biblioteca Nacional de Chile. *Familia: Entre el hogar y las letras*. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3415.html>
- Biblioteca Nacional de Chile. *Familia: Entre el hogar y las letras*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3415.html>
- Claudia, Montero, y Carola Agliati. «Explorando un espacio desconocido: Prensa de mujeres en Chile, 1900-1920.» *Cyber Humanitatis* v. 19 (2001). Disponible en: <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/>

LIBROS

- Balzac, Honoré de. «Prólogo.» En *La Comedia Humana*, de Honoré de Balzac. Madrid: Hermida Editores, 2014.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/70387.pdf>
- Bollmann, Stefan. *Las mujeres que leen son peligrosas*. Madrid: Maeva, 2006
- Burke, Peter. *¿Qué es la Historia Cultural?* Edit. Paidós, 2006.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Edit. Gedisa, 2005.
- Chartier, Roger. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- Chartier, Roger. *El presente del pasado: Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México D.F.: Universidad Iberoamericana, 2005.
- Darnton, Robert. «Historia de la lectura.» En *Formas de hacer historia*, de Peter Burke.. Madrid: Alianza, 2003, pp. 189-220.
- Flint, Kate. «Victorian and Edwardian Reading.» En: *The Woman Reader 1837–1914*. Oxford: Oxford Scholarship Online, 2011.
- Flint, Kate. «Theory and Women’s Reading.» En: *The Woman Reader 1837–1914*. Oxford: Oxford Scholarship Online, 2011.
- Galimberti, Umberto. *Diccionario de Psicología*. México: Siglo XXI, 2002
- Geertz, Clifford. *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós, 1994.

- Gerhardi, Gerhard. «Realismo y naturalismo en Francia». En: *Historia de la Literatura Akal. Volumen V: La edad burguesa 1830-1914*. Madrid: Ediciones Akal, 1993.
- J. Golden, Catherine. *Images of the Woman Reader in Victorian British and American Fiction*. Gainesville: University Press of Florida, 2003
- Lavrin, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005
- Lyons, Martyn. «Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños, obreros.» En: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Editado por Guglielmo Cavallo y Robert Chartier. Madrid: Taurus, 2001
- Lyons, Martyn. *Readers and Society in Nineteenth-Century France*. Hampshire: Palgrave, 2001.
- Palacios, Nicolás. *Raza chilena: libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Santiago: Universitaria, 1918.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Cuarto Propio, 2003.
- Scott, Joan. «El género: Una categoría útil para el análisis histórico.» En *El Género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, de Martha Lamas (comp.). México D.F.: PUEG, 1996.
- Sewell, William. «The concept(s) of Culture.» En *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, de Victoria Bonell y Lynn Hunt, traducido por Gilberto Giménez. Londres: University of California Press, 1999.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. II. Santiago: Universitaria, 2011.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile : desde la Colonia hasta el Bicentenario*. Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena : alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Catalonia, 2010.
- Vives, Juan Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires: Espasa, 1940.

TESIS

- Biotti, Ariadna. *La historia por el libro. Tránsitos y recorridos de La Araucana. Santiago de Chile (1788-1888)*. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Chile, 2014.